

El Grande Oriente

Benito Pérez Galdós

[Portada](#)

[El Grande Oriente](#)

✖

- I -

Sí; era en la calle de Coloreros, en esa oscura vía que abre paso desde la calle Mayor hasta la plazuela y arco de San Ginés. Allí era, sin duda alguna, y hasta se puede asegurar que en la misma casa donde hoy admira el atónito público fabulosa cantidad de pececillos de colores [220] dentro de estanques de madera y muestras preciosas de una importantísima industria: las jaulas de grillo. Allí era, sí, y no es fácil que ningún contemporáneo lo niegue, como han negado que Francisco I estuviese en la torre de los Lujanes y que Sertorio fundara la Universidad de Huesca (que es achaque de los modernos meterse a desmentir la tradición). Allí era, sí, en la calle de Coloreros y en la casa de los rojos peces y de las jaulas de grillos, donde vivía el gran D. Patricio Sarmiento.

En lugar de los estanques de madera, vierais, corriendo el año 1821, una ventana baja con rejas verdes a la derecha del portal. Aplicad el oído, ya que la cortineja de indiana rameada no permita dirigir hacia dentro la vista, y oiréis una voz sonora y grandilocuente, ante cuya majestad las de Demóstenes y Mirabeau serían un pregón desacorde. Oíd sin cuidado. Es de día. Detiéndense los curiosos y atienden todos sin que nadie les estorbe.

«Cayo Graco, hijo de Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia, era liberal, señores; tan liberal, que se rebeló contra el Senado. Decid, niño: ¿qué era el Senado en aquella época?

Una voz infantil contesta:

-El Senado era una camarilla de serviles y absolutistas que no iban más que a su negocio».

-«Muy bien... Porque habéis de saber que Cayo Graco fijó el precio del trigo para que los pobres tuvieran el pan barato. Como que era un hombre que no vivía sino para el pueblo y por el pueblo. Luego les probó a los senadores que estaban robando el tesoro del Reino... digo, de la República. Así es que aquellos tunantes no querían que Cayo Graco fuese elegido diputado...

Decid, niño: ¿cómo llamaban entonces a los diputados de la Nación?

-Les llamaban Aglaé, Pasitea y Eufrosina.

-Zopenco, éstos son los nombres de las tres Gracias... De rodillas, pronto, de rodillas... ¡Valiente borriquito tenemos aquí!... Tú, Gallipans, responde.

-Les llamaban *tribunos de la plebe*, y había cuatro órdenes de ellos, a saber: el toscano, el jónico, el dórico y el corintio.

-Has empezado como un sabio y concluyes como una mula. ¿Qué berenjenal es ese que haces mezclando a los diputados de Roma con los órdenes de arquitectura?... Pues bien: les llamaban *tribunos de la plebe*. El Senado, aquella pandillita de hombres ambiciosos, que acaparaban [221] los destinos gordos, las superintendencias, las secretarías y, ¿por qué no decirlo?, los ministerios, no querían que Cayo Graco fuese tribuno y estorbaban su elección por medio de intriguillas. ¿Qué habían de querer, si en todas las sesiones de Cortes les ponía de hoja de perejil? No se mordía la lengua el gran patriota, y en plazas y cafés, y en el foro y en los pórticos de las iglesias, por doquiera, señores, convocaba al pueblo para enseñarle las doctrinas constitucionales y condenar la tiranía y los tiranos... Decidme ahora, niño: ¿quién era el cónsul Opimio?

-El cónsul Opimio.

-Muy bien dicho. Un fatuo, un pedante, un cobarde, un servilón, una especie de persa que salía siempre a la cal e escoltado por una cohorte de candiotas, o idiotas, que es lo mismo, para que los partidarios de Graco no pudieran zurrarle la pavana. Decid, niño: ¿cómo se llamaba el amigo de Cayo?

Todas las voces infantiles responden a un tiempo:

-Flaco.

-Ese nombre no se os olvida, picarones, porque os hace reír. Muy bien; pues sabed que un día los partidarios de Opimio, después del sacrificio, que es como si dijéramos al salir de misa de doce, insultaron a los de Graco, los cuales asesinaron a un alguacil, macero, lictor o como quiera llamársele. Vierais allí, cual encrespadas olas de un mar borrascoso, chocar unos con otros, pueblo y tropa, democracia y tiranía, patriotismo y servilismo. La sangre corría por las calles de Roma como corre en la de Coloreros el agua cuando llueve. Se degollaban unos a otros e iban arrojando cabezas al río. Quién gritaba *viva la Constitución*, quién aclamaba a los cónsules diciendo *vivan los verdugos*, y hasta los niños pequeñitos tomaban parte en la encamizada refriega, no de otra manera que los tiernos cachorros del león, cuando se disputan un huesecillo para jugar. Retíranse Graco y Flaco... (*Risas en el menudo auditorio*).

¡Silencio, digo... o ninguno sale hoy de aquí. ¿Qué risas son ésas? Periquito, Chatillo, Roque... ¿no os da vergüenza de profanar este augusto recinto con vuestras ridículas bufonadas?... Orden, compostura, atención, silencio... Pues decía que se retiraron todos al monte Aventino, que era un monte, pues... un monte que se llamaba Aventino. Pero, ¡ay!, los cónsules les cercan, envían numerosa y aguerrida tropa para que a cañonazos les destruyan allí, y tienen que marcharse, señores, al otro lado del Manzanares, o sea el Tíber, que todo viene a

ser lo mismo, a [222] un sitio que bien podría nominarse la Fuente de la Teja, y que estaba consagrado a las Furias, o si se quiere con más propiedad, a los demonios. Los partidarios de Graco empiezan a desertar porque el Gobierno les ofrece destinos y dinero. ¡Perfidia inaudita, escandalosa traición que no volverá a pasar, yo os lo juro!... Al mismo tiempo, Opimio y sus infames cómplices ofrecen pagar a peso de oro la cabeza del gran tribuno. Éste se ve perdido. Dice a su esclavo Filócrates que lo mate. Filócrates vacila... ¡momento de angustia y dolor supremo! Los sicarios llegan, los serviles se acercan rugiendo, cual manada de famélicos lobos. Consérvase sereno y tranquilo Cayo. La fuga le es imposible. Suplica a su esclavo por segunda vez que le dé muerte. Éste obedece. Hiérese él mismo con el estilete, que era una pluma de las que empleaba aquella gente para escribir sobre papel de cera, y cae, bañando el suelo con su sangre preciosa. Los del cónsul llegan, córtanle la cabeza, y van con ella a pedir el vil premio de su hazaña. Decidme, niño: ¿de qué materia llenaron la cavidad cerebral de la patriótica cabeza para que pesara más y aumentase el valor de tan cruento trofeo?

Todas las voces a un tiempo:

-De plomo.

-Perfectamente. Y pesó diecisiete libras. Ahora... basta de historia romana y pasemos a la retórica. Ea, niños: divídanse los dos bandos. Roma, a la izquierda; Cartago, a la derecha. Veremos quién ciñe el lauro de la victoria y quién muerde el polvo en esta honrosa lid de la retórica.

Gran tumulto. Corren unos a este lado, otros al contrario, y agrúpanse en dos bandos al pie de los estandartes españoles con sendos cartelillos, en uno de los cuales se lee *Roma* y en otro *Cartago*. Susurro murmurante, parecido al de las colmenas, precede a las primeras preguntas. Los combatientes esperan con ansia el inicial encuentro, y los juveniles corazones palpitan, vacilando entre el miedo y un honroso tesón.

-Veamos... Comience este pindárico certamen por una proposición máxima. Decid, niño: ¿de cuántas clases son los pensamientos?

-De dos: claros y oscuros.

-Bien por Cartago. A ver, responda ahora la gran Roma. ¿Qué son pensamientos claros?

No se había pronunciado aún la respuesta, cuando oyose gran tumulto en la calle, y una voz gritó en la reja: -¡Hoy no hay escuela!

Y esta voz se confundió con alaridos de la bulliciosa turba, que corriendo decía:

-¡A Palacio, a Palacio! [223]

xx

La escuela quedó en un instante vacía, y [D. Patricio Sarmiento](#) salió a la puerta de la calle. Sesenta años muy cumplidos; alta y no muy gallarda estatura; ojos grandes y vivos; morena y arrugada tez, de color de puchero alcorconiano y con más dobleces que pellejo de fuelle; pelo blanco y fuerte, con rizados copetes en ambas sienes, uno de los cuales servía para sostener la pluma de escribir sobre la oreja izquierda; boca sonriente, hendida a lo Voltaire, con más pliegues que dientes y menos pliegues que palabras; barba rapada de semana en semana, monda o peluda, según que era lunes o sábado; quijada tan huesosa y cortante que habría servido para matar filisteos y que tenía por compañero y vecino a un corbatín negro, durísimo y rancio, donde se encajaba [224] aquélla como la flor en el pedúnculo; un gorrete, de quien no se podía decir que fue encarnado, si bien conservaba históricos vestigios de este color, la cual prenda no se separaba jamás de la cúspide capital del maestro; luenga casaca castaña, aunque algunos la creyeran nuez por lo descolorida y arrugada; chaleco de provocativo color amarillo, con ramos que convidaban a recrear la vista en él como un ameno jardín; pantalones ceñidos, en cuyo término comenzaba el imperio de las medias negras, que se perdían en la lontananza oscura de unos zapatos con más golfos y promontorios que puntadas y más puntadas que lustre; manos velludas, nervudas y flacas, que ora empuñaban crueles disciplinas, ora la atildada pluma de finos gavilanes, honra de la escuela de Iturzaeta; que unas veces nadaban en el bolsillo del chaleco para encontrar la caja de tabaco, y otras buceaban en la faltriquera del pantalón para buscar dinero y no hallarlo... Tal era la personalidad física del buen Sarmiento.

-¡A Palacio! -exclamó, viendo la mucha gente que bajaba hacia San Ginés por delante de su casa y la muchísima que seguía la calle Mayor hacia Platerías-. Hoy tendremos otra gresca. ¿A cuántos estamos?

-A 5 de Febrero -repuso un joven que junto a D. Patricio apareció, con mandil de sastre, sosteniendo en la izquierda mano dos pedazos de tela y en la diestra una aguja-. Parece ser que Narices ha escrito un papel al Ayuntamiento quejándose de los insultos, y para que rabie más, hoy le van a dar más música.

-Aparte de que no me gusta que se hable del Soberano con tan poco respeto -dijo el maestro-, lo que has dicho, querido Lucas, me parece muy bien. Pues que no quiere música, désele más música. Si no, que cumpla sus deberes de rey constitucional y marche francamente por la senda aquella de que nos habló el 10 de Marzo del año pasado... Va mucha gente. ¿Por qué no dejas la obra y corres allá? Tal vez ocurra algún acontecimiento digno de ser transmitido a la posteridad. Yo iré después a la Cruz de Malta, a ver qué se decide esta noche respecto a la exposición que se proyecta dirigir al Rey contra el Ministerio. Me parece admirable idea, querido Lucas, porque has de saber que yo combato a Argüelles.

-Y yo también -replicó el sastre-. O nos dan un Ministerio liberalísimo, que de una vez acabe con todos los tunantes, o el pueblo soberano decidirá en su sabiduría... ¿Dejo el trabajo? ¿Cierro el puesto?

-Deja el trabajo, *dimitte laborem*, y cierra el puesto, que tiempo hay de mover el paño. Día llegará en que la patria más necesite de bayonetas [225] que de agujas. Si no tuviera que copiar esos pliegos, también husmearía un poco. Ponte el uniforme, hijo, que en estos sucesos públicos bueno es que cada cual se presente con los arreos de su jerarquía. Los uniformes dan respetabilidad. Procura que la muchedumbre no se desborde; amonéstala, que, al verte, ella respetará la gloriosa institución a que perteneces. No grites, no vociferes, que eso no es propio de quien representa la autoridad, la fuerza pública y la soberanía armada. Consérvate sereno en

medio del tumulto, y si tocan a formar y hay lucha con los guardias y demás cohortes del absolutismo, despliega, querido hijo, todo el valor de tu pecho, todo el brío de tu raza, y sé cual indomable león, que no conoce riesgo y hace estremecer al cobarde lobo sólo con el rugido de su cólera.

El joven sastre, mientras esto decía su venerable padre, vestíase a toda prisa en el mismo portal que era albergue de la sastrería. En el momento de abandonar la tienda para mezclarse al popular tumulto, un hombre llegó a la puerta y se detuvo en ella, saludando cariñosamente al señor Sarmiento.

-¡Hola, hola... Sr. Monsalud! -dijo éste-. ¿Tan pronto de vuelta? ¿No va usted a Palacio? Dicen que habrá tocata de *trágalas* y sinfonía de *mueras y vivas*.

-¿Ha salido mi madre? -preguntó el joven sin hacer caso de las observaciones de su amigo.

-No he visto salir a la señora Doña Fermina -replicó Sarmiento-. Debe de estar arriba, acompañando a doña Solita y al Taciturno.

-Subiré a decirle que no salga esta tarde.

-Aguarde usted, D. Salvador. Si no va usted más que a eso, le mandaré un recado con Lucas. Quédese usted aquí. Vámonos a la esquina a ver pasar la gente y hablaremos un rato. ¿Qué me dice usted de estas cosas?

-¿Pero no tiene usted escuela?

-He soltado al infantil rebaño. Si no lo hiciera, me alborotaría la escuela, y mis lecciones se perderían en la algazara como semilla que se arroja al viento. Es preciso transigir un poco con la inquietud bulliciosa y la precocidad patriótica de estos chiquillos que han de ser ciudadanos. De esta manera les voy educando sin tiranías, y mansamente les inculco sus deberes y les preparo para que ejerzan la soberanía en los venideros años venturosos, en los cuales nuestra Nación se ha de empingrotar por encima de todas las Naciones.

El amigo y vecino de nuestro excelente D. Patricio sonrió. [226]

-No crea usted -continuó el maestro- que imitaré la conducta de ese pedante insoportable, émulo y antagonista mío, el maestro Naranjo, de la calle de las Veneras, el cual, cada vez que hay bullanga o revista de milicianos u otra cualquier función vistosa, encierra a los chicos y no les permite ver ni que regocijen sus tiernas almas con las emociones de la cosa pública. Pero bien sabe usted que Naranjo es un poco y un mucho servilón, hombre forrado en oscurantismo y encuadrado en intolerancias, amigo de los enemigos de la Constitución, indiferente en efigie, pero absolutista en esencia, con vislumbres de *persa* vergonzante y amagos de realista monacal. ¿Qué ha de hacer con los pobres chicos un hombre de estas cualidades? Tiranizarlos, ennegrecer su espíritu, imbuirles ideas despóticas, educarles en el desprecio de la Constitución y en el amor al servilismo. ¡Desgraciada nación la nuestra si prevalecieran en ella los alumnos de Naranjo! Vea usted, Sr. D. Salvador, una cosa de que el Ministerio debiera ocuparse sin levantar mano: extirpar esas infames cátedras, suprimiendo todos los maestros de escuela que con su conducta están sembrando la cizaña del servilismo, para que en lo venidero estorbe y

ahogue la frondosa planta de la Constitución.

-Sí, es preciso poner mano en eso -respondió distraídamente Monsalud-. Me parece que ya no pasa tanta gente.

-Si no tuviera que barrer la escuela y copiar unos pliegos, señor D. Salvador, nos iríamos usted y yo a meter nuestro hocico en la plaza de Palacio y oír algo de la rechifla... pero ¡cómo ha de ser!... Primero es la obligación que la devoción.

Diciendo esto, D. Patricio entró en el aula, y tomando la escoba que detrás de la puerta estaba, empezó su tarea.

-Si usted me lo permite -dijo Salvador, siguiéndole también adentro-, escribiré una carta aquí en la mesa de usted.

-Gran honor es para mí... Aquí tiene usted la pluma que he cortado hace poco; aquí, la tinta; aquí, el papel. Me callaré para que usted pueda escribir tranquilo... Pues, como iba diciendo, yo me alegro de que a Su Majestad, de quien siempre hablaré con mucho respeto, le den estas lecciones de constitucionalismo. Los reyes, amigo mío, no aprenden de otra manera. Les dice uno las cosas, y nada; se las repite, se las vuelve a repetir, y ni por ésas; es preciso gritar y manotear para que fijen la atención... ¡Ah!... Perdone usted. Estoy levantando mucho polvo. Regaré un poquito.

Salvador Monsalud escribió lo siguiente: [227]

«A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

Pod.: Sob.: Gr.: Com.: y Secr.: Gran Maest.: del Gran Oriente de España.

S.: F.: U.:
Aristogitón.: gr.: 18.

(SALVADOR MONSALUD.)»

Después se quedó un rato pensativo mordiendo las barbas de la pluma.

-Cuidadito; retire usted un poco los pies, que mojo -dijo Don Patricio, agitando la regadera junto a la mesa-. Ahora se puede barrer sin cuidado... No de otra manera la benéfica lluvia de la libertad impide que se levante el sucio polvo de la tiranía... Vea usted, [Sr. D. Salvador](#), qué poco aprenden los reyes. Como los chicos, no entienden sino a palos. Yo digo que la Constitución con sangre entra. En Octubre del año pasado, cuando Su Majestad no quería sancionar la reforma de monacales, por instigación de D. Víctor Sáez y del embajadorcillo de Su Santidad, el pueblo amenazó con una revolución y Fernando no [228] tuvo otro remedio que sancionar. ¿Pero sirviere de enseñanza este suceso? No, señor, porque en El Escorial conspiraba contra el Gobierno, y el nombramiento de Carvajal en decreto autógrafo era un proyecto de golpe de Estado. ¡Iniquidad funesta! Pero el pueblo no se duerme. Cuando Fernando entró en Madrid... ¡qué día, qué solemne día! ¡qué 21 de Noviembre! En vez de vítores y palmadas, galardón propio de los sabios monarcas, Fernando oyó gritos rencorosos, mueras furibundos, amenazas, dictionarios, oyó ternos como puños y vio puños como ternos. No ha presenciado Madrid una

escena tan imponente. Allí era de ver el pueblo ejerciendo el soberano atributo de amonestación; allí era de oír el trágala, cantado por las elegantes mozas del Rastro. Miles de brazos se agitaban amenazando y todas las bocas espumarajeaban de rabia. Los que llevábamos en la mano el libro de la Constitución, lo besábamos en presencia del Rey. Un fraile pronunció varios discursos que encendían más los ánimos. De repente, por entre apiñadas cabezas, se alzan multitud de manos que sostienen un niño. Es el hijo de Lacy. La multitud soberana grita: «¡Es el vengador de su padre! ¡Es el hijo del gran patriota! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la Constitución!» El Rey oía todo, y su semblante echaba fuego... Pues bien: ¿cree usted que esta lección fue provechosa? Nada de eso. La camarilla sigue conspirando; la Corte desafía a la nación, al mundo y al linaje humano con la infame conspiración y plan de D. Matías Vinuesa que ha escandalizado a Madrid días pasados.

Salvador prestando escasa atención a las palabras del maestro, escribió despacio y con largos descansos lo siguiente:

«Dispensad, H.: y M.: Q.: H.: la libertad con que os manifiesto mi pensamiento después de saludaros con los s.: y b.: c.: en este Or.: de Madrid.

«Faltaría a los más altos deberes si no me negara a aceptar vuestros ofrecimientos y la misión que me encomendasteis, porque estando convencido de que ese Or... es un centro de libertinaje y de anarquía, y tal como está organizado produce efectos contrarios a los verdaderos principios liberales, deseo que se me considere como H.: D.: y se aparte mi humilde persona de todos los trabajos de la O.:. Quizás sea mío el error y no de los de V.: H.: pero...».

Al llegar a este punto se detuvo, recorrió con la vista lo escrito, hizo un gesto de disgusto, y, rompiendo el papel, empezó a escribir otro.

-¿No sale, no sale la cartita? -dijo D. Patricio, sonriendo-. Se conoce que es de amores. No a todos los mortales es dado manifestar [229] elegantemente sus pensamientos en forma literaria. ¿Quiere usted que vea si puedo yo sacarle del paso?

-Gracias; no es preciso... ¿Con que decía usted, Sr. D. Patricio, que el Rey...?

-No aprende nunca. Veremos qué tal efecto produce la amonestación de esta tarde. Observe puntualmente la Constitución; sea amigo del pueblo; ame la libertad como la amamos todos, y entonces no habrá más que aclamaciones y flores... Pero ¿estuvo usted anoche en *Malta*?

-Yo no voy a ese manicomio.

Y en *La Fontana*? Dicen que van a cerrar los cafés patrióticos.

-Harán bien.

-Bien sé que usted al hablar de este modo, lo hace por espíritu de oposición, y que dice lo contrario de lo que piensa. Es particular que le parezcan a usted detestables esas sociedades tan propias de un pueblo libre, y que se le antojen majaderos y charlatanes los hombres eminentes que en ella derraman el fructífero rocío de la palabra constitucional. Si no conociese el gran

entendimiento de usted...

El joven siguió escribiendo sin atender a las palabras del dómine. Pasó un rato, durante el cual uno y otro callaron. Después, Monsalud rompió por segunda vez el papel escrito y empezó otro.

-Vamos, que está durilla esa oración primera de activa. Ya van dos pliegos rotos.

-Antes me dejaré matar -dijo Monsalud en un arranque espontáneo- que contribuir a este desorden y figurar en una sociedad que es un hormiguero de intrigantes, una agencia de destinos, un centro de corrupción e infames compadrazgos, una hermandad de pedigüños...

-¡Ah, ya veo, ya comprendo de quién habla usted! -exclamó Sarmiento, soltando rápidamente la escoba y sentándose frente a su amigo-. Esos intrigantes, esos compadres, esos pedigüños, esos hermanos son los masones. Bien, muy bien dicho; todas esas picardías las he dicho yo antes que usted y las repito a quien quiera oírlos. El Grande Oriente perderá a España, perderá a la libertad, por su poco democratismo, sus transacciones con la Corte, su repugnancia a las reformas violentas y prontas, su templanza ridícula, su orgullo, su justo medio, su doceañismo fanático, su estancamiento en las pestíferas lagunas de lo pasado, su repulsión a todo lo que sea marchar hacia adelante, siempre adelante, por la senda constitucional. O hay progreso o no lo hay. Si lo hay, si se admite, fuerza es que demos un paso cada día, que a cada hora desbaratemos una antigualla para construir una novedad, que a cada instante [230] discurremos el modo de dar al pueblo una nueva dosis de principios, y que no se aparte de nuestra mente la idea de que hoy hemos de ser más liberales que ayer y mañana más que hoy... Pero ¿se ríe usted?

-No, no me río. Oigo al Sr. D. Patricio con muchísimo gusto.

-Adelante, siempre adelante -añadió Sarmiento con calor-. En virtud de este criterio, yo y todos los verdaderos patriotas hemos dado de lado a la masonería para fundar la grande y altísima y por mil títulos eminente y siempre española sociedad de *Los Comuneros*.

-He estado mucho tiempo fuera de Madrid -dijo Salvador-, y al regresar he oído hablar mucho de esa nueva hermandad. Por lo visto, el Sr. Sarmiento pertenece a ella. Sírvase usted explicarme en qué consiste.

-¡Explicar! ¿A qué vienen esas explicaciones? ¿Por qué no ha de conocer usted *de visu* lo que difícilmente podrá comprender *ex audita*? Véngase usted conmigo. Le presentaremos en la sociedad, le haremos caballero de Padilla, y para mí será tan grande honor presentarle como para la Confederación recibirle.

-¡Confederación! ¡Padilla! ¿Qué ensalada es ésa?

-En el primer artículo de los estatutos se dice que nos *reunimos* y nos *esparcimos* por el territorio de las Españas con el propósito *de imitar las virtudes de los héroes que, como Padilla y Lanuza, perdieron sus vidas por las libertades patrias*.

-¿Y la Confederación se divide en talleres?

-¿Qué talleres? Eso es cosa de artesanos. Aquí todos somos caballeros. Llámase nuestro jefe el *Gran Castellano*; la Confederación se divide en *Comunidades*, éstas, en *Merindades*; éstas, en *Torres*, y las *Torres* en *Casas Fuertes*. Todo es caballeresco, romancesco, altisonante. Si la masonería tiene por objeto auxiliarse mutuamente en las pequeñeces de la vida, nosotros nos *reunimos* y nos *esparcimos*, asimismo se dice... para *sostener a toda costa los derechos y libertades del pueblo español, según están consignados en la Constitución política, reconociendo por base inalterable su artículo 3.º* Nada de empeñitos; nada de lloriqueo de destinos ni de asidero de faldones. El artículo 17 del capítulo 2.º, dice que ningún caballero *interesará el favor de la Confederación para pretender empleos del Gobierno*. ¿Qué tal? Esto se llama catonismo. ¡Hombres incorruptibles! ¡Pléyade ilustre! Tenemos Código penal, alcaldes, tesoreros, secretarios. Nuestras logias se llaman *Fortalezas*, a las cuales se entra por puente levadizo nada menos. La admisión es peliaguda. Está mandado que al iniciar a alguno no se revele nada del objetivo y modo de la Confederación; [231] pero yo le digo a usted todo, todito, porque confío en su discreción y prudencia.

-¿Y se puede ver eso? ¿Se puede ir allá? -dijo Salvador, demostrando curiosidad-. Supongo que habrá juramentos y pruebas...

-Le presentaré, Sr. D. Salvador. Nuestra Confederación se honrará mucho con que usted entre en ella.

-No; preguntaba si se puede ir a las Fortalezas como se va al teatro, para ver, para reírse un rato.

-Amigo mío -dijo Sarmiento con gravedad-, no es cosa de risa una sociedad donde se jura morir defendiendo a la patria y donde se cumple lo que se jura.

-Eso es lo que no se ha probado todavía.

-Yo se lo probaré a usted, se lo probaré -exclamó vivamente Don Patricio, apoyándose en la escoba como un centinela en el fusil.

-Si usted me hiciera el favor... -indicó sonriendo Monsalud.

-¿De probárselo?

-No; de callarse. Un momento nada más, queridísimo amigo mío.

-Si no digo una palabra... Escriba usted -indicó el maestro, recomenzando su interrumpida tarea-. Voy a purificar mi escuela, a barrer, digámoslo así, mientras usted escribe la carta. ¿Quiere usted que se la dicte?

-No, gracias. El asunto es delicado; pero a la tercera ha de salir.

Y en efecto, salió. [332]

- III -

Es indispensable el conocimiento de todas las familias que vivían en aquella casa. Ocupaba el principal Salvador Monsalud con su madre, y el segundo, un señor taciturno y reservado, del cual los vecinos, a excepción de Salvador, no conocían más que el nombre, ignorando sus antecedentes y sus ideas políticas, a pesar de las impertinentes pesquisas que por averiguarlo hacía diariamente el curioso Sarmiento. Este y su hijo Lucas, sastre de oficio, ocupaban una de las habitaciones del piso tercero, sirviendo la otra de morada a Pujitos, gran maestro de obra prima, miliciano nacional, patriota, cuasi orador, cuasi héroe, y un si es no es redactor de diarios políticos, que para todo había en aquel desmesurado entendimiento. [233]

El habitante del cuarto segundo era un hombre decente, con indicios en toda su persona de pobreza decorosamente combatida y disimulada por el aseo, la economía, las cepilladuras de la ropa y otros artificios que no siempre realizaban el fin deseado. Tenía más de cincuenta años, aspecto débil y enfermizo, rostro muy melancólico, apagados ojos, ademanes corteses y fríos, escasísima propensión comunicativa y costumbres tan tranquilas como metódicas. Jamás anocheaba sin que estuviese dentro de su casa. A horas fijas salía y a horas inalterables entraba. Era rarísimo acontecimiento que alguien le visitase, y su morada era silenciosa y triste, como vivienda de cartujos.

Antes de que penetrara en ella cualquier extraño, tomábanse minuciosas precauciones, y dos ojos negros miraban por la cruz del ventanillo, examinando atentamente al inoportuno. Estos ojos negros eran los de una señorita, hija del señor Gil de la Cuadra (que así llamaban al taciturno) y única compañera suya, a más de una criada, en la triste mansión. Todo lo que tenía de antipático el padre entre los habitantes de la casa, lo compensaba en simpatías la hija. A todos agradaba; solía conversar con D. Patricio al entrar y salir, y muy a menudo pasaba a la habitación de Doña Fermina Monsalud, charlando con ella largas horas. Tenía por nombre Soledad, pero como su padre la llamaba Solita, así la decían todos, y más comúnmente doña Solita; que entonces las señoritas cargaban todavía con un *Doña* no menos grande que el de cualquiera quintañona.

Como cronistas sentimos tener que decir que Solita era fea. Fuera de los ojos negros, que aunque chicos eran bonitos y llenos de luz, no había en su rostro facción ni parte alguna que aisladamente no fuese imperfectísima. Verdad es que heroseaban la incorrecta boca finísimos dientes; mas la nariz redonda y pequeña desfiguraba todo el rostro. Su cuerpo habría sido esbelto si tuviera más carne; pero su delgadez exagerada no carecía de gracia y abandono. Mal color, aunque fino y puro, y un metal de voz delicioso, apacible, que no podía oírse sin sentir dulce simpatía, completaban su insignificante persona. Es sensible para el narrador que su dama no tenga siquiera un par de maravillas entre la raíz del cabello y la punta de la barba; pero así la encontramos y así sale, tal como Dios la crió y tal como la conocieron los españoles del año 21.

El gran misterio de D. Urbano Gil de la Cuadra, lo que traía en gran inquietud a los vecinos, y principalmente a D. Patricio, era la ignorancia en que todos estaban acerca de sus ideas políticas. ¿Era liberal? [234] ¿Era servil? Enigma terrible que daba vueltas como una rueda pirotécnica dentro del febril cerebro de Sarmiento, sin ser descifrado jamás. A veces, fundándose en conjeturas, en palabras sueltas, en la letra *sui generis* del sobre de una carta

recibida por Gil, Sarmiento le declaraba absolutista. Otras veces, fundándose en iguales datos, diputábase revolucionario. Causaba desesperación al buen preceptor que Monsalud lo supiese todo, y no lo revelase a los vecinos.

-O este hombre es un emisario de la Santa Alianza -solía decir Sarmiento-, o un apoderado de los republicanos franceses. A estos viejos ojos que tanto han visto, no se les escapa nada.

Al anoecer de aquel día en que nuestra relación comienza, entró, como de costumbre, en su casa el padre de Solita. Ésta, que se hallaba acompañando a Doña Fermina, subió a su habitación cuando sintió los pasos de Gil. Al poco rato subieron también Sarmiento y Monsalud, acompañados de Lucas, que a la sazón volvía de la plaza de Palacio, y los tres entraron en el principal, porque el maestro de escuela gustaba de platicar con Doña Fermina sobre la cosa pública, en que él era, como el lector sabe, tan experto.

Reunidos los cuatro, Lucas contó los sucesos de aquella tarde, que consistían en dos piedras arrojadas al coche de Su Majestad, en diversos gritos patrióticos, en un miliciano herido por un guardia, y algunas contusiones y corridas de escasa importancia.

-A pesar de eso -dijo Sarmiento gravemente-, no aprenderá. Seguirá oponiéndose a la plantificación lógica del sistema constitucional; fomentará la superstición y el fanatismo. Si yo fuera llamado a regir los destinos de la nación; supongan ustedes que lo fuera... ¿eh?, pues bien: mi primer decreto sería suprimir el cuerpo de Guardias. Mientras la camarilla tenga la probabilidad de ese apoyo, la libertad no echará profundas raíces en el hispano suelo.

-Esta tarde se ha dicho -indicó Lucas- que el Gobierno va a disolver la guardia.

-¿Lo ven ustedes? Mi idea... es idea mía.

-Y a cerrar las sociedades patrióticas.

-Ésa no es idea mía. La rechazo. Por el contrario, Sr. D. Salvador, Doña Fermina, yo abriría en cada calle dos por lo menos, dos cafés patrióticos, y los subvencionaría con fondos del Estado, para que se propagase la idea constitucional. ¿Qué le parece al Sr D. Salvador mi idea?

-Excelente -respondió el joven, ocupado a la sazón en hojear varios libros que sobre la mesa de la habitación había. [235]

-Ya que está aquí el Sr. D. Patricio -dijo Doña Fermina, después de hablar un rato con la criada-, no se irá sin tomar chocolate. Y lo mismo digo a usted, Lucas.

Sarmiento que, dicho sea en honor de la verdad histórica, no había ido a otra cosa, respondió de este modo:

-No se moleste la señora... Siento haber venido; pero si se ha de enojar usted con nuestra negativa, aceptamos... Madre e hijo son tan amables que, la verdad, cuando uno entra en esta casa, no encuentra la puerta para salir.

-Gracias, Sr. D. Patricio.

-¿Saben ustedes -dijo con aire misterioso Lucas-, que esta tarde vi en la plaza de Palacio al vecino del cuarto segundo? Estaba hablando con un guardia.

-¿Pero no saben ustedes lo mejor? -indicó Sarmiento, padre-. Pues ya me olvidaba... Que tengo nuevos datos para juzgar de las opiniones políticas del Sr. Gil de la Cuadra.

Monsalud miró fijamente al preceptor.

-Un precioso dato. Tengo por seguro que es despótico.

-Vamos, no hable usted mal de los vecinos, y menos de ese buen sujeto -dijo Doña Fermina-. Él y su niña son personas muy decentes que merecen el mayor respeto.

-¿Respeto? No se lo niego. Oiga usted el dato, Sr. D. Salvador. Ayer tarde entró en mi academia para que le cortase una pluma. Ya sabe usted que en la pared de enfrente tengo un buen retrato de Riego. Como el Sr. Gil le mirase atentamente, yo dije: «ése es el grande hombre». Advertí en el semblante de nuestro vecino una sonrisa picaresca. Mirome, y con mucha suficiencia y pedantería, exclamó: «Es un majadero».

-Lo mismo dice mi hijo -manifestó la Monsalud, ofreciendo el chocolate a sus dos vecinos.

-¿Lo mismo dice? Será por broma. ¡Riego, D. Rafael del Riego! Inmensa figura que se alza sobre el suelo de la patria, y con su majestuosa cabeza toca las nubes! ¡Riego, sol refulgente que todo lo inunda con su luz! ¿A quién sino a él se debe la libertad que gozamos? ¿A quién sino a él debe España el haberse puesto por montera del mundo y el estar por encima de toditas las Naciones?

-Pues Salvador dice que es una cabeza llena de viento -dijo Doña Fermina, gozando en mortificar al maestro.

-Bromas; son bromas, Sr Sarmiento -dijo el joven con benevolencia. [236]

Monsalud había encendido una luz y examinaba cartas y papeles.

-Como bromas pueden pasar; pero son de mal género. Esas bromas puede oírlas cualquiera que no sepa discurrir... Yo no me tengo por ignorante; yo creo haber leído algo; creo poseer alguna ciencia... digo, me parece a mí...

-Por de contado.

-Algo sabe uno de lo que ha pasado en el mundo: memorables hechos y preclaras acciones, o sea lo que los eruditos llamamos historia. Y si no, que lo diga el Sr. D. Salvador.

Monsalud no dijo nada.

-Pues bien -añadió Sarmiento sorbiendo la mitad de lo que contenía la jícara-, yo declaro que conozco pocos varones de la antigüedad (y ahí está Plutarco que lo certifique...) sí, conozco pocos que se igualen a este atrevido comandante, que desafió al absolutismo, a toda la Europa, señora; a la Santa Alianza, a los Borbones todos, a los serviles todos. Y tan gran fin realizó sin

derramamiento de sangre, porque... vean ustedes la historia: Harmodio y Aristogitón derramaron mucha sangre; las sediciones de los Gracos también fueron cruentas; Bruto mató a César; Robespierre y Danton, ya sabemos que cortaban cabezas como yo plumas; Cromwell degolló a Carlos I, etc. Pero nuestro hombre ha dicho: *Sea la libertad*, y la libertad ha sido. Su espada no ha necesitado herir para vencer. Con su vívido fulgor deslumbráronse los tiranos, y, despavoridos, huyeron cual asustadas liebres. ¿No es verdad, señor D. Salvador? ¿No es verdad esto?

Monsalud tampoco dijo nada, ni hacía caso de la disertación sarmentil.

-¡Y a hombre tan insigne, a este campeón que le dijo a España, como el ángel a María: *El Señor o la Libertad es contigo*; a ese apóstol, señores, se le tiene alejado de la Corte, como si fuera una plaga, un pedrisco u otra calamidad aterradora! Se le desterró primero a Asturias; se le desterró después, porque destierro es, a la Capitanía General de Aragón... ¡Oh! si yo llegase a regir los destinos de la España; si yo... pongamos por caso, llegase a ser ministro... mi primera disposición sería para recompensar dignamente a ese héroe inaudito...

-¿Más todavía?... -indicó festivamente Monsalud.

-¿Pues qué? -dijo Sarmiento con ciceroniano ademán, poniendo sobre la mesa la jícara vacía-, acaso se le han tributado honores correspondientes a sus servicios? Ni aun en la jerarquía militar ha tenido la elevación a que es acreedor. Él era comandante: le plantaron en [237] mariscal de campo... Bueno; pues eso, digan lo que quieran, es bien poco, es poquísimo; y aún me parecían una bicoca los tres entorchados. Usted tenga presente cómo recompensó Inglaterra a Lord *Vellintón* después de la campañita aquella en que derrotó a Bonaparte. Así se premian los grandes servicios, no con estas mezquindades de aquí.

[238]

-Tiene razón el Sr. Sarmiento -dijo Doña Fermina-. Si por lo de militar merece los tres entorchados, por lo que tiene de orador y de hombre discreto se le puede señalar una renta. Vaya, que la escena y los discursos aquellos del teatro fueron cosa bonita.

-Extraordinariamente buena, aunque usted, señora mía, lo diga con cierto tonillo zumbón. Lucas, ¿te acuerdas?... Nosotros fuimos desde muy temprano a la cazuela. ¡Qué tumulto, qué palmadas, qué entusiasmo! Yo me puse tan ronco que en ocho días no pude dar lección a los chicos. Aún me parece que veo a nuestro querido General levantarse del asiento con aquella majestad que él sólo tiene, y echarnos un discurso que me pareció de perlas, si bien con el mucho alboroto no se oía una palabra desde arriba. Aún me parece que estoy oyendo la pomposa música del himno que entonó el público. Riego, con aquella gracia suma que Dios le ha dado, levántese y dijo: «La música del himno no es así, sino de esta otra manera». Y se puso a cantarlo. Sus ayudantes llevaban el compás.

-¡Estaría bonito!...

-Después, uno de los ayudantes cantó el *trágala, perro*, y aquí fue Troya. Yo creo que hasta

las figuras pintadas en el techo cantaron en aquel instante. ¡Sublime momento, señora!... Pero los envidiosos no faltan en ninguna parte. Empéñase el jefe político en decir que aquello era un desorden. Quiere hacernos callar; encrésparse el público como el Océano agitado por rabioso Noto; empiezan las puñadas, los dimes, los directes, los ternos de pimentón, las cantáridas gramaticales. Riego mira con desdén al jefe político. Algunos de sus ayudantes, mostrando una impavidez pasmosa, le insultan. Aporréanle dos o tres paisanos, Paco Rincón y Blas Cortada, si no me engaño; el teatro parecía una caldera hirviendo; el General se retira al fin, y, ¡oh, pavor!, las calles están llenas de gente, la tropa se encierra en los cuarteles, y todo es zozobra y miedo de trifulcas. Sin la imprudencia del jefe político, nada habría pasado. Pero el despotismo es así: no le gusta oír el himno ni el *trágala*; no quiere ver la faz del libertador del hesperio suelo, y aquí tienen ustedes el resultado: *guerras, asolamientos, fieros males*, como dijo el poeta. Nada, nada; según esa gente estólida, a la Libertad debe ponérsele bozal para que no muerda.

-Bozal para que no muerda -repitió taciturnamente Monsalud.

-De la cosa más sencilla, del desahogo más ingenuo -continuó el vehemente preceptor-, toma pie el despotismo para extender su férreo dominio... Volvamos a nuestro invicto Don Rafael. De nada vale el popular [239] deseo. Se empeñan en que ha de salir de aquí, y le echan como se echa un perro que incomoda. Las sociedades patrióticas dejan oír su autorizada voz en contra de tal vilipendio; pero no son oídas. Manifiesta el pueblo su voluntad de mil maneras; fijanse pasquines; gritamos, pedimos, suplicamos, amenazamos. Yo pongo a todos los niños de mi academia la cinta verde con el lema *Constitución o muerte*. Ni por ésas. ¿Cómo contestan a nuestras honradas exhortaciones? Echando los cañones a la calle; lanzando de los cuarteles la caballería para que pisotee al pueblo; acuchillando sin piedad a la gente indefensa. En tanto Argüelles habla en las Cortes de las célebres *páginas*, y Feliú habla de los *hilos*; se alborotan también los diputados, y cuando un gran patriota como Romero Alpuente se dispone a defender al pueblo, ahogan su generosa voz los chillidos de los serviles. Riego es desterrado, y ¡qué ignominia! disuelven el ejército de la Isla, que había proclamado la Constitución; y por este camino volveremos a la tiranía y oscurantismo del año 14, y al despotismo puro, el cual, después de todo, es mejor que el mixto, vergonzante, tibio o moderado que ahora tenemos. ¿No es verdad, Sr. D. Salvador?

-Sí, amigo D. Patricio; todo lo que usted quiera. ¡Y pensar que tantas cosas malas se remediarian con que el Sr. D. Patricio fuese ministro media docena de días!...

-No se burle usted -dijo el preceptor, algo picado-. Yo no seré ministro, yo no puedo ser ministro, porque soy muy honrado, porque no soy intrigante, porque no soy ambicioso. Si tuviera un duro por cada vez que me he negado a aceptar este o el otro destinillo, sería un Fúcar... Pero supongamos que fuera ministro, y sentemos esa atrevida hipótesis...

-Silencio -dijo Monsalud-. Están llamando a la puerta.

Atendieron todos. Oyéronse fuertes golpes en la puerta de la casa.

-¿Quién será? -murmuró con temor Doña Fermina-. Aquí no viene nadie después de anochecido.

-Iré a ver -dijo Lucas, a quien los golpes sorprendieron descabezando un sueño.

Pocos momentos después entraba Solita, con semblante pálido y consternado, sin aliento, encendidos de llorar los ojos.

¡Mi padre está enfermo! -exclamó, dirigiendo a todos una mirada suplicante.

-Iremos a buscar un médico -dijo D. Patricio con oficiosidad-. ¡Lucas!... Corre al momento. [240]

-No es preciso médico -dijo Solita, deteniendo a los Sarmientos con un expresivo ademán.

-Yo entiendo algo de medicina...

-No necesitamos cosa alguna -añadió la joven, mirando a Doña Fermina-. Lo que tiene mi padre es muy singular.

-¿Congestión cerebral, ataque de gota, síncope, jaqueca...?

-Mi padre está enfermo del ánimo -dijo tristemente Soledad-. No quiere médicos ni medicinas; lo que quiere es hablar con el señor Monsalud, y por eso vengo a rogarle que pase ahora mismo a casa.

Asombráronse todos de ver enfermedad que se aliviaba hablando.

-También puede que tenga algo que revelarme a mí -dijo Sarmiento, dando algunos pasos-. Voy allá corriendo.

-No, usted no -replicó la joven, deteniéndole-. Salvador solo. Mi padre desea verle y hablarle ahora mismo, ahora mismo.

Salvador subió sin tardanza al segundo piso.

Malísimo humor tenía Sarmiento cuando se retiró a su casa. No pudiendo refrenar la abrasadora curiosidad que le consumía, detúvose junto a la puerta del misterioso vecino, y aplicó el oído, anhelando percibir algo de la conversación o confidencia que dentro se efectuaba; pero ni una sílaba llegó a sus grandes orejas. Resignose a no saber nada, y al entrar en su casa, dijo a Lucas:

-Insisto en que es absolutista, hijo; un infame *persa* que nos ahorcaría a todos si le dejáramos. [241]

✕

- IV -

Halló Monsalud al Sr. Gil de la Cuadra en un gabinete estrecho, donde tenía cama y mesa de escribir. Estaba el taciturno sentado en un viejo sillón, donde se hundía su flaco y miserable

cuerpo, y todo en él revelaba perniciosa mezcla de abatimiento y exaltación, cual si su espíritu aumentase en actividad y la perdiera a toda prisa el cuerpo, reclamando el final descanso de la sepultura. Sus ojos brillaban, moviéndose en los irritados huecos, y con vaguedad calenturienta y voluble fijábanse en todos los objetos. Movía la cabeza y los brazos sin descanso, asemejándose su inquietud a tentativas de acciones concebidas rápidamente y desechadas antes de la realización. Cada segundo determinaba en aquella alma llena de zozobra un nuevo proyecto, un nuevo plan, un nuevo deseo. Las luchas de insomnio le conmovían, pugilato horrendo que el alma sostiene consigo misma creyéndose otra, y en el cual hay formidables encuentros, caídas y elevaciones, un espantoso temblor de congojas, contra las cuales no hay voluntad ni razón que prevalezcan.

El personaje que ahora nos ocupa no es desconocido para los lectores de estos libros.⁽⁴⁾ Apareció brevemente cuando describimos la retirada de los franceses en 1813. Entonces abandonaba el suelo patrio como adicto al Intruso, a quien había servido, desempeñando una plaza de oidor en la Chancillería de Valladolid. Establecióse con su esposa, doña Pepita Sanahúja, en un pueblecillo del Poitou, y poco después de estar allí hizo que le llevaran su única hija, Soledad, a quien, por no exponerla a los peligros de la retirada, dejó en el pueblo natal confiada a [242] los parientes de su primera esposa. Gil de la Cuadra había sido casado dos veces, y Solita era hija del primer matrimonio, pues la señora que el lector conoció en los campos de Álava no tuvo prole. La emigración fue tristísima para el oidor de la Chancillería de Valladolid, a pesar de la dulce compañía de su adorada hija, porque después de haber perdido casi toda su fortuna en el gran conflicto de la monarquía extranjera, tuvo el dolor de ver expirar a su segunda mujer en el invierno del año 18.

De regreso a España, cuyas puertas abrió para los infelices renegados la revolución de 1820, se estableció con su hija en La Bañeza; pero circunstancias funestas que él mismo nos dará a conocer le obligaron a trasladarse a Madrid, donde la casualidad le llevó a la misma casa que habitaba Salvador Monsalud, cuya suerte tan unida estuvo después de la batalla de Vitoria a la del fugitivo matrimonio. A pesar de la amistad contraída en la fatal jornada del 21 de Junio y de las buenas relaciones que sostuvieron en la emigración, pues Salvador vivió también algunos meses en Poitiers, Gil de la Cuadra se mostraba en Madrid muy poco comunicativo y afectuoso con su vecino. Era su carácter en verdad inclinado a la reserva, a cierta aspereza misantrópica que entibiaba las amistades. Visitábanse, sí, con frecuencia, y Soledad pasaba algunos ratos acompañando a Doña Fermina; pero Gil de la Cuadra, en sus entrevistas con el antiguo jurado, mostraba el singular recato y la estudiada sobriedad de palabras que indican empeño de ocultar ocupaciones o designios. Por esta misma razón causó sorpresa al joven verse llamado tan a deshora y con tanto anhelo.

Indicándole con una seña que se sentara a su lado, Gil de la Cuadra le habló de este modo:

-Dispéñeme usted si me he tomado la libertad de hacerle subir para confiarle un asunto grave. Sepa usted que yo soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres... Necesito el amparo de un ser generoso, de un buen amigo, de una persona discreta y al mismo tiempo poderosa.

-Yo no puedo ni valgo nada -replicó Salvador-, pero lo que de mis escasas facultades dependa, está a disposición de usted.

-Revelaré todo y decidiremos -dijo Gil de la Cuadra con esforzada voz-. Mi estado nervioso,

la furia y exaltación de mi cerebro son tales esta noche que creo moriré si no tomo una determinación salvadora... ¿Quiere usted que le hable con toda franqueza? Pues, amigo mío, yo soy muy cobarde. [243]

Después de esta declaración, Monsalud creyó que el Sr. Gil iba a poner en su conocimiento cualquier contrariedad insignificante.

-Muy cobarde -añadió el extraño enfermo-. Verdad es que lo que me pasa es gravísimo. Si no tuviera una hija a quien adoro, a estas horas, Sr. Monsalud, ya me habría dado muerte. En un momento de exaltación, casi llegué a olvidarme de mi pobre Solita, y abrí esa ventana para arrojarme a la calle. Vivir así, no es vivir.

-Dígame usted con calma lo que tanto le mortifica, y resolveremos.

-Ante todo debo recordarle a usted una deuda que conmigo tiene -indicó el taciturno, fijando en su amigo los ojos con expresión patética-. Mi esposa, que en gloria esté, y yo le salvamos a usted la vida en aquellos aciagos días de Junio de 1813, que no puedo recordar sin espanto.

-Tampoco yo -dijo Monsalud palideciendo.

-Le salvamos a usted la vida -añadió Gil de la Cuadra complaciéndose en esta idea fundamental de su argumentación-. Después de ocultar a usted diferentes veces, yo autoricé a mi esposa para que, cediendo todas sus alhajas, que eran gran parte de nuestra fortuna, le rescatara a usted del poder de aquellos malvados guerrilleros que querían sacrificarle.

-¡Es cierto! -murmuró Salvador con voz grave.

-¿Cabe mayor abnegación tratándose de un desconocido?

-No, no cabe más. Cien vidas de agradecimiento no bastarían para pagar eso que usted llama deuda, y como tal, con todo mi corazón la reconozco.

-¿De modo que usted, amigo mío, se halla dispuesto a hacer por mí, si me veo en un conflicto supremo, lo que mi esposa y yo hicimos por usted cuando peligraba su vida?

-Dispuesto con toda mi alma -afirmó el joven lleno de piedad y efusión-. Ordene usted lo que debo hacer. Cuanto tengo, cuanto valgo, mi vida y mi nombre están a disposición de usted. No es un sacrificio, es un deber; y si no recuerdo mal, no ha sido preciso que llegaran ocasiones supremas para hacer este ofrecimiento, porque desde nuestra primera entrevista en Madrid me declaré deudor eterno de usted.

-Es verdad; gracias, gracias -dijo el enfermo, estrechando con sus flacas y amarillas manos las de Monsalud-. Mucha atención a lo que voy a referir. Creo haber indicado a usted cuando estábamos en Francia que mis ideas han sido siempre favorables a los derechos absolutos de la Corona y a la monarquía pura tal como durante siglos la disfrutaron [244] las más gloriosas naciones de la tierra. La ambición de mi segunda esposa y debilidades mías, que deploro amargamente, me indujeron a reconocer y servir al intruso Bonaparte. No necesito recordar la ignominiosa caída del partido afrancesado. Yo, que no pertencí a él de corazón, sino por las sugerencias de mi mujer, tengo más derecho que los demás a quejarme de mi detestable suerte.

Volví del destierro sin que mis ideas sufriesen mudanza alguna, y es singularísimo, y a la par muy triste, que los absolutistas del 14, con quienes mi corazón simpatizaba, me cerraran las puertas de la patria, y me las abriesen los liberales, a quienes tengo la desgracia de aborrecer. Esta contradicción real y molesta entre mi modo de pensar y mi gratitud, obligome el año pasado a huir prudentemente de las cosas políticas.

»Retíreme a mi pueblo natal, La Bañeza. Como allí conocían todos mis ideas, un día los liberales me acometieron con palos, ordenándome que diese vivas a la Constitución; negueme a tal vilipendio, y aquella deuda que para con ellos contrajeron mis honrados labios, pagáronla mis costillas con buenos cardenales. No obstante, tuve paciencia, señor y amigo mío, y seguí pacíficamente en mi casa, pidiéndole a Dios que ponga fin a esta insoportable tiranía del populacho, mas sin buscar venganza, resistiéndome a tomar parte en los trabajos que algunos realistas traían entre manos para levantar partidas. En estas andadas, organizose en La Bañeza la llamada Milicia Nacional, que yo llamaría Infernal hablando propiamente, y para dar pruebas de su existencia y hacer el estreno de su bárbaro poder, emprendiendo con brillo el camino de la gloria, creyó que lo mejor era adjudicarme una nueva paliza, como lo hizo el 3 de Septiembre del año pasado, pretextando que yo conspiraba.

-Ya van dos, Sr. Gil. En verdad que admiro la resignación y sufrimiento de usted.

-Mes y medio de cama me costó la hazaña de los milicianos de mi pueblo. ¿Creerá usted que ni tales razones pudieron persuadirme a que dejara mi pacífico y santo retiro? Aguanté, callé y esperé. Mi actitud digna y cristiana debió ponerme a cubierto de nuevos ataques, ¿verdad?

-Seguramente.

-Pues no fue así. Precisamente por la razón de que yo sufría y callaba, debieron aplacarse en ellos la feroz intolerancia y salvajismo; pero no fue así, sino que mi humildad les hacía más bravos cada vez; y alegando conspiraciones que sólo en su obtusa mente existían, me atacaron de nuevo... [245]

-¿Otra vez?

-Sí, señor, y se lo digo a usted francamente. A la tercera paliza ya no pude aguantar más, y lo que no había hecho hasta entonces, lo hice desde aquel día.

-¿Conspirar?

-Justamente. Ellos se empeñaron en que conspirara, y conspiré. Aquí tiene usted la sabiduría de los liberales. Con su imbécil sistema de apalea a los que no piensan como ellos, van poco a poco convirtiendo en enemigos a todos los españoles. Yo, que había hecho propósito firme de no mezclarme en la política activa, ni contribuir al levantamiento de partidas, ni conspirar, salí de mi casa decidido a todo, a todo absolutamente; vine a Madrid, y mi mala suerte deparome aquí el encuentro con un amigo de mi juventud, D. Matías Vinuesa, cura que fue de Tamajón, y a quien Su Majestad, en premio de los méritos que contrajo durante la guerra, hizo capellán de honor y arcediano de Tarazona.

-Ya sé a dónde va usted a parar -dijo Monsalud con benevolencia-. [Vinuesa](#) le indujo a usted a intervenir en esa descabellada conspiración que le ha llevado a la cárcel y que probablemente le llevará también al patíbulo.

Al oír esto, el enfermo palideció y sus labios pronunciaron algunas palabras a guisa de oración. [246]

-Puesto que todo se lo he de confesar a usted -añadió, exhalando un suspiro-, diré que, en efecto, he sido confidente y amigo de D. Matías Vinuesa. Obra de muchos es el célebre plan, cuyo descubrimiento ha ocasionado la prisión de ese bendito, y que, con perdón de usted, no es descabellado ni mucho menos, y nos habría conducido al glorioso objeto que anhelamos los buenos españoles, si la imprudencia, el soborno o la traición no lo hubieran descubierto. Presumo yo que alrededor del Trono, donde tanto se trabaja por derrotar al Gobierno y a los liberales, existen la venalidad y la corrupción más que en parte alguna, y que de los mismos que nos han incitado a conspirar partió la infame denuncia, fundada en móviles que no comprendo. Ya estoy aburrido, desengañado de la mala fe de todos, convencido de que tan pícaro es Juan como Pedro, y de que no es posible tomar parte activa en la cosa pública sin meterse en el fango hasta el cuello.

-Es lamentable que no lo conociera usted antes de pringarse en la desdichada conjuración palaciega de Vinuesa, que es, según he oído, una de las mayores aberraciones que puede concebir la imaginación.

-Siento que usted califique tan duramente un plan que no conoce -repuso Gil de la Cuadra en el tono del amor propio herido-. Y como no puede conocerlo si yo no se lo revelo, lo haré, porque después de la prisión de mi amigo, no hay en ello inconveniente. La primera condición de nuestro plan era el secreto. Sólo debían tener noticia de él Su Majestad, el infante D. Carlos, el duque del Infantado y el marqués de Castelar, como los únicos encargados de ponerlo en ejecución. Llegado el momento del golpe, Su Majestad debía llamar a los ministros, al Capitán general y al Consejo de Estado, y una vez que los tuviera a todos bien agazapados en la real cámara, debía entrar una partida de guardias de Corps, mandada por el serenísimo señor Infante, y prenderlos a todos, luego que el Rey saliese de la estancia. Vea usted qué ardid tan sencillo y al mismo tiempo tan fácil.

-Sí; todo es fácil y sencillo en las cabezas de los conspiradores. Prosiga usted.

-Inmediatamente después el mismo señor infante D. Carlos debía pasar al cuartel de guardias y mandar arrestar a todos los individuos poco afectos a Su Majestad y a nuestras ideas.

-¿También es eso fácil y sencillo?

-Déjeme usted seguir. Al mismo tiempo el señor duque del Infantado... bien le conoce usted ¡qué imponente figura, qué aire marcial! Sólo con presentarse inclina los ánimos a la obediencia... Pues digo que el [247] señor Duque debía marchar en el mismo momento a Leganés a ponerse al frente del batallón de guardias que hay allí.

-Suponga usted que los guardias de Leganés le recibieran a tiros, que también puede ser...

-No es probable que a tan grande prócer y cumplido caballero le faltaran de ese modo... Pero

aún resta algo... Excuso decirle a usted que todo debía hacerse en el mismo momento.

-Es natural, y en un mismo momento dado también debía hundirse todo. Adelante.

-Se sobrentiende que lo referido había de acontecer por la noche -continuó el anciano-. Dado el primer golpe, veamos ahora su desarrollo. A las doce en punto, ni minuto más ni minuto menos, debía ponerse en camino para Madrid el batallón de Leganés, entrando en esta Corte a las dos. A las tres en punto, el regimiento del Príncipe, con cuyo coronel se contaba, debía ocupar todas las puertas de la villa, y a las cinco y media, ni minuto más ni minuto menos, debían las tropas y el pueblo empezar a dar *vivas* a la Religión, al Rey, a la patria, y *mueras* a la Constitución y a los ministros... Luego, el plan contenía una multitud de determinaciones, consecuencia natural del triunfo. Debían ordenarse varias cosas, verbigracia: que se celebrase un Concilio nacional... que los cabildos se encargaran otra vez de la administración del *Noveno*... que hubiese tres días de rogativas... que se rebajase la tercera parte de la contribución... que los gastos de iluminaciones y festejos fueran muy moderados... que los milicianos sirvieran en el ejército ocho años o pagaran veinte mil reales de redención... que se trasladara al obispo de Mallorca... que se imprimieran por cuenta del Estado las cartas del padre Rancio... que el obispo auxiliar, portador del libro de la Constitución el año 20, lo llevase también ahora, y con su propia mano se lo diese al verdugo para quemarlo... en fin, ya ve usted que nada faltaba.

-Nada faltaba, a no ser sentido común. ¿Son también obra de usted los papeles *El Grito de un Español* y *La Papeleta de León*?

-En esta misma mesa he escrito parte de ellos -repuso el enfermo con disgusto-. Pero no disputemos ahora sobre la ruindad o excelencia del plan. Yo sigo creyendo que sin los infames sobornos y traiciones que han mediado, nuestra obra nos habría proporcionado un verdadero triunfo. No es posible formar juicio de lo que no ha podido pasar del pensamiento a la irrecusable prueba de los hechos. Lo real, lo positivo, lo que vemos y tocamos, amigo mío, es que yo me encuentro comprometido, expuesto a perder la libertad y quizás la vida, si no hallo un [248] hombre discreto, astuto, hábil y poderoso que me ampare en trance tan aflictivo.

-Pero la Corte, esa Corte que es la que alienta, paga y sostiene las conspiraciones realistas, no le abandonará a usted...

-¡Ah! Sr. Monsalud de mis pecados -exclamó Gil de la Cuadra con amarga tristeza-, la Corte, o no puede nada, o teme comprometerse dándome el amparo que de ella he solicitado. Preso D. Matías, sin que ni Rey ni Roque lo hayan podido evitar, hecha pública la conjuración, no hay ningún prócer ni potentado de Palacio que no proteste de su adhesión al liberalismo. ¡Pecador de mí! ¡Mil veces pecador! La circunstancia de haber sido afrancesado me hace sospechoso a los absolutistas. Ésa es mi fatalidad; ésa es mi estrella negra; ésa es la funesta herencia que me dejó mi esposa. ¡Si viera usted cuántas puertas se han cerrado hoy ante mí! Es particular: de la noche a la mañana ya nadie me conoce. Soy un extraño, un importuno; creen, sin duda, que les voy a pedir un socorro pecuniario, y me reciben de malísimo talante. La única muestra de benevolencia que he recibido es muy triste, señor Monsalud. Diomela un caballero de Palacio, avisándome hoy el peligro que corro, porque halladas varias cartas y notas mías entre los papeles de Vinuesa, no han de tardar en venir por mí para embaularme en la cárcel, donde, si Dios no lo remedia, nos pudriremos el cura y yo, a no ser que nos cuelguen en la plazuela de la Cebada. ¿No es verdad, Sr. Monsalud, que debí preferir el tratamiento de los

milicianos de La Bañeza?

-¿Usted espera que le prendan? ¿Lo sabe usted?

-Lo sé.

-Pues en tal caso -dijo Salvador con asombro-, ¿por qué no huye usted? ¿Por qué no se oculta al menos?

-Precisamente de eso quiero hablarle -manifestó Gil de la Cuadra, cayendo de nuevo en el lúgubre abatimiento en que Salvador le encontrara-. ¡Huir!... Creo que no habrá otro remedio.

-Es el más seguro por ahora.

-Mis achaques me hacen de tal modo cobarde, que no acertaré a dar un paso... ¡Si parece que me convierto en un niño!... ¡Si se me oprime el corazón!... Luego doy en pensar en la desdichada suerte y desamparo de mi pobre hija... ¿Qué será de ella si muero? De tal manera se perturba mi alma y se enflaquece mi razón pensando en esto, que no puedo discurrir los medios de mi fuga o escondite. Piense usted por mí, pues no con otro objeto he solicitado su amparo; dígame usted lo que debo hacer... tráceme un plan. [249]

-No sólo indicaré lo conveniente, sino que haré cuanto pueda para que usted quede en salvo esta misma noche. Es preciso tomar una resolución pronta. Ánimo, Sr. Gil, no acobardarse, y triunfaremos.

-¡Oh!, gracias, gracias mil -exclamó el enfermo, estrechando las manos de Salvador.

-El infeliz conspirador lloraba.

-No perdamos tiempo... Saldremos juntos para que vaya usted más tranquilo -dijo Monsalud, restaurando más a cada palabra la energía moral y física de su vecino-. No carecerá usted de nada.

-¡De nada!... ¡Qué bendición de Dios! Usted me devuelve la vida... Yo que empezaba a carecer de todo, hasta de lo más preciso...!

-El conflicto de usted, amigo D. Urbano, es poca cosa. Creo que nadie nos estorbará la fuga. Le llevaré a usted a un paraje seguro, donde vivirá tranquilo y oculto hasta que podamos conseguir un sobreseimiento, una absolución... allá lo veremos.

-¡Benditas mil veces sean esa boca y esas manos! -dijo Gil de la Cuadra con emoción profunda-. Usted me salva; yo me arrojo en sus brazos como en una playa hospitalaria después de ser juguete de las olas... ¿Con que usted, después que me ponga en lugar seguro, conseguirá un sobreseimiento, una absolución?... ¡Cuánto lo agradeceremos mi hija y yo!... Sola, Solita, ¿dónde estás?... Ven, corre a abrazar a este caballero.

-Vale más que nos dediquemos sin perder un instante a preparar todo lo necesario... ¿Qué hora es?

-Las once -dijo el anciano, levantándose con dificultad-. Me siento mejor; me siento más ligero; se me ha despejado la cabeza; muevo las piernas con flexibilidad; en fin, soy otro... ¿Con que a disponer...?

-Sí, a disponerlo todo. Arregle usted lo que ha de llevar de su casa. Yo me encargo de todo lo demás.

-¡Oh!, idolatrada hija mía, ya tienes padre otra vez; viviremos tú y yo... -exclamó Gil de la Cuadra con viva excitación de espíritu-. Lo que va a hacer por mí, Sr. Monsalud, supera a cuanto hicimos por usted en aquel horrendo día. Si consigue ponerme en salvo esta noche, me parecerá que resucito, y el horroroso aspecto de la cárcel dejará de atormentar mi imaginación... Con que apresurémonos. Soledad, hija mía, ven... Una vez que esté libre de las garras de esos infames, fácil le será a usted sacarme del atolladero de la causa. Las sociedades secretas a que usted pertenece lo hacen y deshacen todo. Además, el señor duque del Parque, de quien es usted secretario, administrador o no sé qué, pasa por uno de los hombres de más valimiento que existen en España. [250]

-Antes de medianoche estaremos fuera de Madrid -dijo Monsalud, haciendo sus cálculos-. No conviene perder tiempo.

-Ese ánimo y decisión me regeneran -dijo Cuadra, dando algunos pasos vacilantes por la habitación-. Déjeme usted que antes de ocuparme en los preparativos de la fuga le dé a usted un abrazo, un estrecho abrazo de amigo... así... Ahora veamos lo que se lleva... ¡Soledad, Solita!

La muchacha apareció de repente, pálida, desconcertada. Su semblante expresaba el terror más vivo, y sus descoloridos labios no acertaban a pronunciar palabra alguna. El padre participó al punto por simpatía natural del pavor de su hija; miró a Monsalud; éste formuló con ansiedad una pregunta.

No pudo dar contestación la atribulada niña. Oyéronse terribles golpes que resonaban en la puerta de la casa, haciendo retemblar a ésta de los cimientos al tejado... Oyéronse al mismo tiempo pasos de mucha gente, palabras, un rumor soez que llenó de espanto el alma de los tres personajes.

-¡Ahí están! -murmuró con voz tétrica Gil de la Cuadra.

-¡Ahí están! -repitió Monsalud, golpeando el suelo con tanta fuerza que la casa redobló su temblor convulsivo y profundo, como contestando a las llamadas de los polizontes.

[251]

- V -

El amigo de Vinuesa cayendo en el sillón, se oprimió con ambas manos la desnuda calva.

-Se me ha partido el alma... -exclamó sordamente-. Parece que me han arrancado la última raíz de la vida... ¡Yo me muero!... ¡Pobre hija mía!...

Solita corrió hacia él. Hija y padre se unieron en estrecho abrazo.

-Ya no hay remedio -dijo el segundo con amargura.

Los golpes se repetían con más fuerza. Salvador, agitado por violenta cólera y despecho, se golpeaba la frente con el puño. En algunos momentos se sentía impulsado a una resolución desesperada; pero tenía demasiado buen sentido para no refrenarse al punto. [252]

-No hay remedio -dijo Gil de la Cuadra con acento solemne-. Hija mía, oye lo que voy a decirte. ¿Ves este hombre?...

Solita fijó en Monsalud sus ojos llenos de lágrimas.

-Salve usted a mi padre -gritó-. Discurra usted algún medio para ocultarle, para sacarle de la casa sin que esos malditos le vean.

El tétrico silencio del joven indicó claramente que no podía discurrir medio alguno que no fuese una locura.

-No puede ser, no puede ser -dijo el anciano-. ¿Ves este hombre? Es el único que puede hacer algo por mí, por nosotros. Mientras vivamos separados, recuérdale un día y otro que tu padre está en la cárcel. Se me figura... se me figura que será un buen hermano para ti.

Los golpes redoblaron. Parecía que cien puños de hierro martillaban la puerta, y la campanilla sin cesar movida, cayó de su sitio.

-Es preciso abrir al instante -manifestó con vivísima agitación Gil de la Cuadra-. Una palabra más, amigo mío, hija de mi alma. Mientras viene de Asturias tu primo Anatolio, que ha de ser, amén de tu marido, tu único amparo después que yo falte, te dejo encomendada a este buen amigo. Él será tu padre y tu hermano. Sr. Monsalud, si acepta usted el encargo, me voy más tranquilo a la cárcel, y de allí...

-Acepto -dijo con grave acento el joven-. Solita será mi hermana. Además juro por todos los santos y por Dios, que es mi padre, que le he de sacar a usted de la cárcel a donde va esta noche.

Los tres se abrazaron sin añadir una palabra más. En el mismo instante, despedazada la puerta de la casa, entró en la estancia un hombre brutal y grosero, uno de estos que no creen representar bien a la autoridad si no la hacen antipática y aborrecible.

-¿Quién es aquí el bribón de Gil de la Cuadra? -dijo mirando alternativamente al joven y al anciano-. ¡Ah! Conozco al mozo, que es Monsalud... Supongo que Cuadra será el vejete...

Véngase usted conmigo a la cárcel de Villa... no, a la de la Corona, porque en aquella no cabe más gente.

-El señor es Gil de la Cuadra -dijo Salvador-. Por el bribón no preguntes, que aquí no hay otro que tú.

Dos, tres, cuatro individuos no menos simpáticos que su lindo jefe, penetraron en la estancia.

-¿Y a esta tortolilla, la llevamos también? -preguntó uno, atreviéndose a poner la mano en el hombro de la joven.

-Para preguntar una estupidez -repuso Monsalud, rechazándole violentamente- no se necesita dar coces. [253]

-Juan Violín, no seas bruto -gruñó el jefe-. Deja a esa señorita y alcázame las esposas.

Gil de la Cuadra al ver que le iban a atar las manos huyó despavorido a la pieza inmediata. Siguiéronle todos. Rogole Salvador que se sosegase, no haciendo resistencia a sus bárbaros aprehensores, y cedió al fin el anciano, y ofreció sus manos a las argollas de hierro. Abrazole estrechamente Solita, diciendo con lastimeros ayes y lamentos que no se apartaría de él, y fue necesario separarla. En la sala, Gil de la Cuadra agobiado por la amarga pena, exánime y aturdido, cayó al suelo. Los polizontes tiraron de él como se tira de un perro que se detiene a hociquear en el suelo. Ayudole Salvador a levantarse y salieron de la casa.

Cuando bajaban la escalera, D. Patricio y su hijo salieron a ver la tristísima comitiva, y Fermina Monsalud quiso que Soledad entrase desde luego en su casa. Detuviéronla todos, procurando consolarla; pero ella insistió en bajar, y luchando con todas sus fuerzas, que no eran muchas, procuraba desasirse de los brazos de Sarmiento y Doña Fermina.

-Le soltarán pronto... No llore usted, niña -le decía el preceptor-. Este Gobierno es como Dios lo ha hecho... no persigue más que a los liberales... ¿Con que el señor Gil de la Cuadra era la mano derecha de Don Matías Vinuesa?...

Soledad bajó rápidamente, y tras ella Sarmiento. En la calle arrojose otra vez la joven en brazos de su padre, manifestando inquebrantable resolución de seguirle; pero las fuertes manos de los corchetes la separaron. Gil de la Cuadra, negándose a dar un paso en compañía de la soez cuadrilla, dejose caer en el suelo, y otra vez el egregio polizonte tiró de la soga.

-Tengo sed -dijo el anciano, respirando con ansia.

Delante de él estaba D. Patricio, con las manos a la espalda, fijando en el reo una mirada maliciosa y nada compasiva.

-Tengo sed -repitió Gil de la Cuadra.

-Sr. Sarmiento -dijo Monsalud vivamente-, en la escuela de usted hay una alcarraza con agua...

-Mire usted qué demonches de casualidad -repuso Sarmiento, sin moverse del sitio en que al anciano contemplaba-; se me ha olvidado dónde puse esta tarde la dichosa alcarraza.

-Subiré yo -dijo Soledad procurando sobreponerse a su pena.

-Subiré yo -dijo Monsalud tomándole la delantera con rapidez suma-. Aguarde usted abajo y procure calmar al pobre viejo.

Pocos instantes después, Salvador daba de beber a su amigo. [254]

-La noche está fría -manifestó imperturbable y sin dejar su sonrisa picaresca el gran Sarmiento-, y cuando la noche está fría... y el tiempo fresco... pues no se tiene sed.

Los polizontes tiraron de la soga, acompañando su movimiento de ese chasquido de lengua que tan bien entienden los animales.

-Ánimo, amigo -le dijo Monsalud-. No olvide usted mi promesa.

Pareció que el infeliz colega de Vinuesa recibía ánimo y vida al oír estas palabras.

-¡Pobre hija mía! -exclamó, bebiéndose las lágrimas que copiosamente corrían por sus mejillas.

-Solita es mi hermana -dijo Salvador, abrazándola-. Vamos: esto debe acabarse. Se reúne gente.

Cuadra se levantó con dificultad. En su espíritu había seguramente poderoso anhelo de colocarse a la altura de su situación, sofocando la ruin pusilanimidad que le abatía.

-¡Mi hija!... ¡Mi pobre hija! -gritó, clavando los tristes ojos en el semblante de su joven vecino.

Con aquella mirada, su afligido corazón de padre dijo cuanto las circunstancias exigían que dijera.

Solita perdió el conocimiento. Sarmiento, que estaba a dos pasos de ella, la sostuvo en sus brazos.

-¿En dónde pongo esto? -murmuró festivamente.

-Subiré a Soledad a mi casa -dijo Salvador tomando en brazos a la joven como si fuese un niño-, y después, Sr. Gil, le acompañaré a usted a la prisión.

Como lo dijo lo hizo, y poco después de medianoche todo estaba terminado. [255]

- VI -

Todavía no se había *descubierto* el templo. No era aún la hora de la *tenida*, y los *Hijos de la Viuda*, descansando de las fatigas políticas en sus casas o en los cafés, esperaban que la *luz astral* de la noche marcara la hora propia para los trabajos del *Arte Real*. Los *Maestros Sublimes Perfectos*, los *Valientes Príncipes del Líbano o de Jerusalén*, los Caballeros *Kadossch*, los que antaño se llamaban *Gerogramatas*, los *Hierorices*, los *Epivames*, los *Dadouques*, los *Rosa-Cruz* de hogaño, los hermanos todos, desde el *Terrible* hasta el *Sirviente*; los aprendices, compañeros y maestros, desde los de mallete hasta los de cuchara, estaban ocupados en el *ágape* doméstico, o bien conversando con sus *mopsses*, jugando con sus *lovatones* o matando el tiempo en las reuniones profanas, lejos de la *verdadera luz*. Las *estrellas* no se habían encendido todavía, ni el *mirto elusiaco* exhalaba su aroma. Imperaba la rosa, emblema del silencio, y la imponente exclamación *Ossé* no había resonado aún bajo las *bóvedas orientales*. En una palabra (y hablando con claridad para inteligencia de los ignorantes), la sesión de la logia no había empezado todavía.

En la *Caverna del Mithra*, o sea el Universo, hay un punto que se llama *Mantua*, o Madrid, en cuyo punto es evidente la existencia de una calle llamada de las Tres Cruces. En esa calle, cualquier curioso, aunque no tenga sus oídos abiertos a la *verdadera luz*, podrá ver una tienda de sastre, y si penetra en ella para que el supremo arquitecto de las levitas le tome medida de una; si durante esta fastidiosa operación alza los ojos a la *bóveda del firmamento*, vulgo cielo raso, verá sin duda que por aquellos descoloridos y descascarados yesos se pasean soles, lunas, rayos que [256] fueron de oro, cordones, triángulos, estrellas pitagóricas y otros signos. Al ver esto, sentirá en su alma profundísima emoción de respeto, y dirá: «Aquí estuvo el gran templo masónico en los tres *llamados* años, del 20 al 23».

Siguiendo nuestra relación (y dejando que pasen algunos días después de las escenas últimamente referidas, lo cual nos lleva a los últimos de Febrero de 1821), nos dirigimos allá. Es temprano: es la hora en que hierven los clubs, la hora en que *Lorencini*, *La Cruz de Malta* y *La Fontana* son otras tantas ollas donde burbujan con rumoroso y mareante zumbido las pasiones políticas, entre el chisporroteo de las envidias y el resoplido de las ambiciones. Todavía es temprano, porque los trabajos masónicos se *abren* (este tecnicismo obliga frecuentemente a no hablar en castellano) a hora más avanzada.

Aún está a oscuras el edificio de la calle de las Tres Cruces. Reconocemos el *vestíbulo*, la sala de *Pasos perdidos*, donde campean los *Cuadros lógicos*, y no hallamos persona viva. Óyense tan sólo los pasos de un *hermano sirviente* que va y viene, poniendo en su sitio las lámparas de aceite que bien pronto se han de llamar *estrellas polares*, *astros* o *nebulosas*. Por último, vemos que entra un hombre con ademán resuelto, como persona muy hecha a semejantes lugares, y observando que adelanta sin recelo alguno, nos apresuramos a seguirle, tomándole por guía en el laberinto de galerías y salas. El desconocido se acerca al *sirviente*, y después de saludarle con signos que no nos es posible determinar, pronunciando una especie de santo y seña, le hace esta pregunta:

-¿Está el Sr. Canencia?

-En la *Cámara de Meditaciones* le hallará usted, Sr. Monsalud.

Le seguimos denodadamente, aunque el nombre de *Cámara de Meditaciones* nos da cierta

comezoncilla de miedo, por haber oído que es un recinto pavoroso que hace enflaquecer el ánimo más esforzado. A pesar de esto, penetramos detrás del gallardo joven, y desde el mismo instante sentimos temblores y escalofríos al ver [una habitación](#) toda colgada de negro, no puede decirse que alumbrada, sino entristecida por macilenta luz. Damos diente con diente y el cabello se nos eriza al observar que en diversas partes de la triste estancia cuelgan, cual objetos en testero de tienda, cantidad de huesos y calaveras, y que medio esqueleto se apoya contra la pared, mirando con desconsuelo al otro medio, o sea los fémures y tibias que fueron de su pertenencia y ora yacen en el suelo.

En la sepulcral pieza hay una mesa, y junto a esta mesa se ocupa en [257] [258] *burilar una plancha*, o sea extender un acta (hablando a lo cristiano), un viejo de cabellos blancos. No atendemos a las demostraciones amistosas que hace a nuestro introductor ni a las palabras de éste; por ahora, atentos sólo al conocimiento del local, fijamos los atónitos ojos en algunos letreros que entre hueco y hueco adornan las paredes, y leemos: «*Si vienes impulsado por una mera curiosidad o por otro móvil aún peor, retírate; no trates de descubrirla, porque penetraremos tus intenciones*». Volvemos la cabeza, y nos sale al encuentro otro parrafillo: «*Si tu conciencia está tranquila, ¿por qué sientes disgusto ante estos despojos que te recuerdan el fin de tu vida?*» Otro letrero dice: «*¿Siente tu alma temor? Pues retírate, porque sólo un espíritu fuerte puede soportar las pruebas a que has de ser sometido*». «*¿Te hallas dispuesto a sacrificar tu vida en aras del progreso humano?*»

Poco a poco nos vamos familiarizando con el fúnebre y medroso espectáculo, y echamos de ver que la Cámara, lo mismo que su extraño mueblaje, tienen cierto sello de arrinconados cachivaches de teatro, dicho sea con perdón de las humanas calaveras. El polvo que los cubre, el desorden y abandono con que están colocados los huesos y las inscripciones indican que todo aquello está en lamentable desuso. Era la *Cámara de las Meditaciones* un recinto donde encerraban al catecúmeno para que preparara su ánimo antes de ser recibido como aprendiz por la congregación masónica. Lo primero que tenía que hacer el pobre profano, una vez que lo metían bonitamente allí, era otorgar su testamento y contestar por escrito a varias preguntas, con objeto de mostrar su manera de discurrir y los gramos de sal que tenía en la mollera. Formuladas las respuestas, un hermano entraba con el rostro cubierto en la Cámara, y recogiendo aquéllas, las entregaba al Venerable, que ya estaba presidiendo la sesión o *tenida*. Leíanse las pruebas del talento del neófito, y si no resultaba alguna barbaridad estúpida, concedíanle el goce de la verdadera luz. Aquí empezaba una serie de ceremonias de que la gente de todos tiempos se ha reído mucho; pero dicen los masones que hasta sus más insignificantes gestos y signos tienen un sentido no menos profundo que los ritos de las religiones india, judaica y cristiana. Digan lo que quieran, las ceremonias de estas religiones, aun consideradas tan sólo bajo el punto de vista artístico, tienen un sello especial de grandeza e idealidad; las masónicas, que sólo vagamente responden a una idea filosófica, parecen, por lo general, un juego de chiquillos, dicho sea con perdón de los *Valerosos y Soberanos Príncipes*.

Cuando se acordaba que el profano tenía bastante entendimiento [259] para ser masón (y no debían de ser grandes las exigencias del tribunal), vendábanle a mi hombre los ojos para conducirlo a la logia, que estaba comúnmente a dos pasos de la *Cámara de Meditaciones*. Daba él un golpecito en la puerta, y un masón, a cuyo cargo corrían las funciones de *primer celador*, decía con la voz más campanuda posible: «Venerable, llaman profanamente a la puerta del templo».

El Venerable, aunque sabía quién llamaba y por qué llamaba, se hacía el sorprendido,

diciendo con acento solemne: «Ved quién es». Intervenia entonces otro funcionario, que se llamaba el *guarda interino*. Éste salía en averiguación del profano forastero que a deshora turbaba la tranquilidad augusta de la logia, y entonces el hermano que acompañaba al neófito decía: «Es un profano que desea ser iniciado en nuestros secretos».

Por fin, después que habían mareado bastante al pobre lego, le dejaban entrar, no sin que dijera antes su nombre, edad, naturaleza, estado, religión, profesión y domicilio. El hermano que le presentaba ponía fin a su alta misión con estas palabras: «Ahí os lo entrego; ya no respondo de él».

Sería molesto y ocioso referir la serie de preguntas que el Venerable, desde la celeste luminosa altura del Oriente, dirigía al neófito. Después de las preguntas empezaban las pruebas, a fin de ver, según el código masónico, *hasta qué punto la tortura física influye en la lucidez de las ideas del neófito, y conocer su energía, su carácter*; etc. Aquí venían las figuradas copas de sangre; los homicidios de mentirijillas; los testarazos que no pasaban de broma; los *cálices de amargura*, cuyo licor ha sido siempre muy conocido en la Fuente del Berro; las abluciones en un pilón denominado *Mar de bronce*, y otros sainetes, algunos de los cuales recibían el nombre de *viajes*, y lo eran en efecto, por los imaginarios países de Babia. Al *recién nacido* le asistía en tales actos un individuo a quien llamaban el *hermano terrible*, siendo común que desempeñara tal comisión y llevase el atroz mote algún bonachón tendero de la plaza Mayor o manso escribientillo de cualquier oficina.

En seguida juraba el recipiendario, prometiendo realizar cosas muy buenas, para las cuales no es preciso seguramente hacer el payaso, pues multitud de personas socorren a sus hermanos en la *Caverna del Mithra*, vulgo mundo, sin necesidad de que se lo mande un Venerable ni de que le mareen con preguntas vanas después de bailar el minueto entre un *Caballero Kadossch* y un *Príncipe del Líbano*. El juramento no era la última ceremonia, pues ningún profano podía dejar de serlo, hasta que no [260] le sobaban de lo lindo. Al golpe de los malletes, o sea martillos de palo, caía la venda de los ojos del neófito, y se encontraba rodeado de llamas y espadas.

¡Tremendo, crítico instante para aquel que creyera iba a ser mechado y asado culinariamente!... Pero las llamas eran pintadas, y las espadas, de hojalata. El Venerable, compadecido entonces sin duda de la situación de aquel pobre hermano metido dentro de una hoguera y entre punzantes aceros, procuraba tranquilizarle, diciéndole que las llamas y espadas no eran otra cosa que una imagen del remordimiento que *desgarraría el alma del recién nacido* si llegaba a vender los secretos de la sociedad. Con esto quedaban terminadas las fórmulas, y respiraba con libertad el iniciado viendo concluidas las pesadeces del rito. Pero a lo mejor tomaba la palabra el Venerable, que era por lo común un hombre, si no digno de veneración, muy convencido de la importancia de aquellas comedias, y le espetaba un discursazo, llamado entre ellos *pieza de arquitectura*, encareciendo la sublimidad de la masonería y revelándole algo de lo concerniente al grado primero o de aprendiz. Éste dejaba de llamarse Juan o Pedro, y tomaba con singular modestia el nombre de Catón, Horacio Cocles, Leibnitz u otro cualquier personaje célebre.

No puede formarse juicio exacto de la masonería por lo que esta institución ha sido en España. Los masones de todos los países declaran que la sociedad del compás y la escuadra existe tan sólo para fines filantrópicos, independientes en absoluto de toda intención y propaganda políticas. En España, por más que digan los sectarios de esta orden, cuyos misterios

han pasado al dominio de las gacetillas, los masones han sido en las épocas de su mayor auge, propagandistas y compadres políticos. Tampoco puede formarse juicio de la masonería española de antaño por los restos de ella que existen hoy, y que, al decir de los devotos, se reducen a unas juntillas diseminadas e irregulares, sin orden, sin ley, sin unidad, aunque cumplen medianamente su objeto de dar de comer a tres o cuatro hierofantes. Esta antigualla oscura, que algunos sostienen como una confabulación caritativa para fines positivos o menudencias individuales y para protegerse en uno y otro continente (por lo cual son masones casi todos los marineros que hacen la carrera de América), no tiene nada de común con la asociación de 1820.

Era ésta una poderosa cuadrilla política que iba derecha a su objeto; una hermandad utilitaria que miraba los destinos como una especie de religión (hecho que parcialmente subsiste en la desmayada y moribunda Masonería moderna), y no se ocupaba más que de política a la menuda, [261] de levantar y hundir adeptos, de impulsar la desgobernación del Reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdían de todas clases y dimensiones; una máquina potente que movía tres cosas: Gobierno, Cortes y Clubs, y a su vez dejábase mover a menudo por las influencias de Palacio; un noviciado de la vida pública, o más bien ensayo de ella, pues por las logias se entraba a *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, y de aprendices se hacían diputados, así como de Venerables los ministros. Era, en fin, la corrupción de la masonería extranjera, que al entrar en España había de parecerse necesariamente a los españoles.

Durante la época de persecución, es notorio que conservó cierta pureza a estilo de catacumbas; pero el triunfo desató tempestades de ambición y codicia en el seno de la hermandad, donde al lado de hombres inocentes y honrados había tanto pobre aprendiz holgazán que deseaba medrar y redondearse. Apareció formidable el compadrazgo, y desde la simonía, el cohecho, la desenfrenada concupiscencia de lucro y poder, asemejándose a las asociaciones religiosas en estado de desprestigio, con la diferencia de que éstas conservan siempre algo del simpático idealismo de su instituto original, mientras aquélla sólo conservaba, con su embrollada y empalagosa liturgia, el grotesco aparato mímico y el empolvado *atrezo* de las llamas pintadas y las espadas de latón.

A medida que iba avanzando el triunfo iba decayendo el ritual masónico, simplificándose los símbolos, relajándose la disciplina en lo relativo a juramentos, pruebas, iniciación. Por eso hemos visto tan empolvados y rotos los tarjetones y huesos de la *Cámara de Meditaciones*, cuya inutilidad empezaba a ser reconocida. Es propio de gente tocada del afán de codicia el no preocuparse de detalles tontos, y bien se sabe que hambre o ambición no tienen espera. [262]

xx

- VII -

-Gracias a Dios que se te ve por aquí -dijo Canencia dando un apretado abrazo al joven-. Sé que has venido de Francia hace más de veinte días... ¡tunante! y no te has dignado dar una vuelta por la logia... ¡cuando sabes que te queremos tanto; cuando sabes que los señores te estiman mucho y desean hacerte hombre de pro...!

-Por tener ocupaciones graves no he podido venir -repuso Monsalud sentándose-. Me han

dicho que esto anda muy revuelto, papá Canencia.

-No es esto un modelo de paz y concierto -dijo Canencia con cierto desconsuelo-. Las diversiones crecen, y la reciente fundación de los comuneros ha hecho mucho daño a la sociedad... ¿Y tú en qué piensas? Me han dicho que los negocios del duque del Parque te dan de comer... lo celebros. [263]

-Vivo regularmente; no como ustedes, los hombres mimados de la situación, que están hechos unos bajás.

-¿Lo dices por mí? ¡pobre Aristogitón! -exclamó Canencia con filosófica humildad-. Yo no disfruto otras delicias de Capúa que las emanadas de un miserable destino en Correos. Pero estoy contento, contentísimo. Ya sabes que no soy ambicioso, que me precio de filósofo en la verdadera acepción de la palabra... Hijo mío, un pedazo de pan, un vaso de agua clara, un buen libro, un tiesto de flores: he aquí mis tesoros, he aquí mis necesidades, he aquí mi sibaritismo. Recordarás lo que dice el gran Juan Jacobo acerca de...

-Yo no recuerdo nada.

-Pues el filósofo de los filósofos dice que no hay verdadera felicidad sin sabiduría... ¡Oh!, ¿de qué sirven las grandezas humanas? Hasta el heroísmo es cosa que no tiene simpatías, porque, como dice el Ginebrino, «la continuidad de pequeños deberes bien cumplidos no exige menos fuerza moral que las acciones heroicas». Mira tú cómo un hombre humilde, que no va más que de su casa a la de Correos y de la casa de Correos a la suya o a la logia, y carece de esposa y de prole, puede ser un grande hombre, es decir, un sabio, o si lo quieres más claro, un hombre feliz... Que suban los comuneros, que bajen o suban o se estén quedos los masones... es cuestión que no me importa mucho. El zoquete de pan, la cántara de agua, el tiesto de flores y el buen libro no han de faltar. Convéncete, ¡oh joven inexperto!, de que la ambición no ocasiona más que disgustos y enfermedades en el hígado... en el hígado, para hablar claramente... Se me figura que tú estás carcomido por la ambición, ¿eh? Tú traes algo entre manos. Dime -añadió poniéndole la mano en el hombro con patriarcal cariño-, ¿por qué has escrito aquella carta a Campos, diciéndole que te retiras de la masonería y poniéndonos de oro y azul?... ¿Tratas de pasarte a los comuneros? Ahí tienes una apostasía que me parece tonta. Pareces un chiquillo. El creer que esto es una casa de locos no es motivo para querer salir de ella, señorito Aristogitón. Quédate aquí, quédate sin perjuicio de que, *in foro conscientiae*, te rías un poquillo de la parte externa, ¿entiendes? Yo también, si he de decirte la verdad, me río algunas veces.

-Pues si usted se ríe, amigo D. Bartolo -dijo Monsalud siguiendo el consejo del anciano-, es un hipócrita, porque usted es el hermano secretario y orador de la sociedad; usted es el erudito, el que explica las leyes de la masonería, el consultor general, el que lo sabe todo dentro de esta casa, el que ordena los ritos, el que explica lo que los demás [264] no entienden; usted es el sacerdote, el mago, el patriarca, el senescal, el archimandrita, el santón, el hierofante o no sé qué nombre darle, porque no sé todavía qué especie de religión, secta o jerigonza es ésta. Usted es el que predica cosas enrevesadas y enigmáticas que no entendemos; usted es el que dibuja garabatos en los diplomas; usted, asistido de su ayudante, el señor Regato, fue quien puso aquí esos huesos y esas calaveras que están abriendo la boca para decir que las vuelvan a la tierra; usted escribió estos tarjetoncillos y puso las granadas abiertas, las columnas, los triángulos y la sogá, y lo que llaman el *Delta*, el Sol, la Luna, el dosel, la J y la B, el cirio y demás signos y

majaderías. Si después de hacer esto se ríe usted de los masones... vamos, se comprende en qué consiste el ser sabio y filósofo.

Durante el discursillo, el anciano Canencia sonreía socarronamente, acariciándose la barba. Cuando le tocó hablar volvió a poner su mano en el hombro del amigo, y bondadosamente le dijo:

-Tú no sabes que al pueblo, al vulgo, al común de las gentes, o como quiera llamarse a esa turbamulta ignorante e impresionable, es preciso meterle las ideas por los ojos? Ya es un gran adelanto que hayamos desterrado los símbolos y fórmulas absurdas de las religiones. Para inculcar en esas cabezas de estuco el culto y veneración del Ser Supremo hay que proceder con paciencia. ¿Hemos de decirles que lo mejor es adorar a Dios bajo la bóveda de los cielos? No, mil veces no; mientras haya hombres es preciso que haya simbolismos, y mientras haya simbolismo es preciso que haya imágenes, o a falta de imágenes, garabatos, cositas raras y de difícil inteligencia... Vaya, amiguito, no repitas la vulgaridad de que soy un farsante. Equivaldría esta calumniosa especie a llamar farsantes al Papa y demás gigantones del catolicismo, y no lo son: dentro de su esfera, bajo su punto de vista, no lo son... Lo que yo siento es que la gente va perdiendo el respeto al ritual, y llegará día en que miren todo esto como miran los curas dentro de la sacristía los objetos de su oficio. ¡Pícara humanidad! Verdaderamente es una bestia. No se la puede tratar sino a palos. Acá para entre los dos, Aristogitoncillo de mil demonios, desde que se planteó aquí la libertad, voy creyendo que Atila, Omar, Felipe II y Bonaparte han tratado a los hombres como se merecen. ¡Mientras todo no vuelva al estado primitivo!... Pero tú no entiendes de esto, ¿no es verdad? ¡El estado primitivo! ¡Ah! ¡Imagínate el estado anterior a este funesto pacto que hemos hecho para destrozarnos los unos a los otros y hacernos todo el daño posible!... No [265] hay nada comparable al pacto. La verdadera sabiduría debe dirigirse a ese fin; un fin, muchacho, que consiste en volver al principio. Mas no puede formar idea de esto quien está devorado por la ambición y tiene lleno el espíritu de ansiedades mundanas, en vez de conformarse a vivir modesta y primitivamente con un pedazo de pan y un vaso de agua cristalina, un tiesto de flores y un buen libro...

Monsalud no podía tener la risa. Durante un rato, Canencia, poniéndose las antiparras, siguió *burilando*, o sea escribiendo la *plancha*, o mejor, el acta.

-Tú te ríes -dijo en el momento en que echaba polvos para volver la hoja- porque crees que ganarse la vida de esta manera no cuesta trabajo. Niño mimado de la fortuna, yo quisiera saber qué sería de ti sin la prebenda que tienes en casa del duque del Parque.

-Las prebendas -repuso Salvador- no existen hoy sino en este manejo de la J y la B, y en este cepillo o tronco masónico, que es el mejor del mundo después del de las Ánimas. ¡Ah, papá Canencia, ya podía usted echar un remiendo a estas pobres calaveras, que están diciendo con sus bocas sin lengua la inmensa tacañería del sacristán mayor de este templo?

-Así como no tienen lengua para pedir -dijo D. Bartolomé con malicia-, tampoco tienen paladar, y puesto que no comen más que polvo, no puede haber cocina más económica, y limpiarlas sería ponerlas a dieta. Bien dijo el otro que en polvo nos hemos de convertir.

-No lo dije por usted, que se está convirtiendo en momia de Egipto forrada en oro y plata, por obra y gracia de los misterios de Isis, de Eleusis o de Patillas.

-Ésa es la opinión de esos bobos de comuneros -dijo Canencia, algo amostazado-. ¿Por ventura este granuja se nos ha hecho comunero?

-Tal vez -replicó Salvador-. Allá parece que están por la formalidad. ¿Hay también cepillo y colectas?

-Más que aquí. Pregúntaselo al Sr. Regato, que ha contribuido a fundar aquella sociedad después de haber comido a dos carrillos en nuestro plato y hecho *salvas* con nuestra *pólvora*.

Los masones llamaban al vino *pólvora roja*, al vaso *cañón*, y a los brindis *salvas*. No es fácil comprender la misteriosa relación simbólica entre la embriaguez y la artillería.

-Pero te advierto -continuó Canencia-, por si es tu intención pasarte a los comuneros, que aquí no tienes más que boquear para obtener lo que mejor te cuadre. Campos te quiere mucho... Anoche mismo habló [266] mucho de ti, y aun se me figura que te va a sorprender con un buen regalito. Has hecho bien en venir esta noche.

-Lo celebro, porque vengo a pedir.

-¿A pedir?... Gracias a Dios, hombre. Eres de los nuestros. Veo que entras en el buen camino -dijo Canencia mirando su reloj-. El acta está lista. Ya es hora de empezar la *tenida*. ¿Y qué pides?

-Dígame, Sr. Canencia -preguntó Monsalud con gran interés-: ¿cuál es el criterio del Orden respecto a la suerte de los que están presos por conspiraciones absolutistas?

-¿Cuál ha de ser? Que los ahorquen. ¿Te has echado a filántropo? ¿Hay algún pariente tuyo en la cárcel de Villa?

-Sí, señor; hay un pariente mío en la cárcel de la Corona -repuso Salvador con firmeza-, y es preciso sacarlo de allí.

-¿Es rico?

-Es pobre.

-Pues veo muy difícil que tu pariente coma los buñuelos de San Isidro de este año... Sin embargo, puedes trabajar. Campos te quiere mucho. El Duque pertenece al Supremo Consejo. Ya sabes que lo que aquí se ata, atado será en el Gobierno, y lo que allá dentro desatemos, desatado será... allá arriba. Esta noche, después de la *tenida* ordinaria, hay *tenida de Príncipes* del grado 31. Creo que se tratará de cosas muy altas. Si consigues tener de tu parte a Campos...

-En la *tenida* ordinaria, ¿quién preside esta noche?

-El mismo Campos... Ya comienza a venir gente. Señor Aristogitón, orden y compostura.

Ambos personajes se trasladaron a la sala de *Pasos perdidos*, donde encontraron varias personas. La concurrencia aumentaba cada instante con la entrada de nuevos hermanos, entre los cuales los había de todas clases, edades y figuras; muchos militares, aunque sin uniforme, y

no pocos clérigos, aunque sin hábitos. El hermano Aristogitón, que por espacio de algunos meses había estado *dormido*, saludó a sus compañeros de taller. Pasó algún tiempo en animadas conversaciones particulares hasta que el templo *fue descubierto*, mejor dicho, se abrió una puertecilla que daba entrada a la logia. [267]

xx

- VIII -

La logia era un salón cuadrangular, muy mal alumbrado y peor ventilado, de techo plano y no muy alto, de paredes sucias y más parecido a cuadra o almacén que a templo de una religión que dicen tenía entonces en todo el mundo ocho o diez mil logias. En los cuatro testeros otras tantas palabras de doradas letras indicaban los puntos cardinales, correspondiendo el *Oriente* a la presidencia, presbiterio, *santa-sanctórum*, altar mayor o como quiera llamársele, a cuyo sitio, más elevado que el resto del local, se subía por tres escalones. Para que todo se pareciera a un recinto religioso serio, había un doselete de terciopelo, en cuyo centro [268] resplandecía un triangulillo, al cual, para hablar con la menor claridad posible, llamaban ellos *Delta*. Dentro de él se veían unos garabatos que indicaban el nombre de Dios puesto en hebreo, también para mayor claridad; pero ya es sabido que ningún signo masónico ha de estar al alcance de los tontos. Lo que sí se entendía perfectamente era el Sol y la Luna, dos caricaturas de aquellos astros pintadas a derecha e izquierda del Delta, o como si dijéramos, al lado del Evangelio y al de la Epístola.

En igual disposición respecto al presidente estaban los sitios del hermano Orador y del secretario. Cierto es que las mesillas de que se servían fueran más útiles teniendo la forma cuadrada; pero era indispensable no abandonar el triangulillo siempre que se pudiera, y por esto las mesas eran de tres picos. También tenían un poco más abajo bufetes trípodos el Tesorero y el Hospitalario. En el remoto *Occidente*, es decir, junto a la puerta, se elevaban dos columnas rematando en granadas entreabiertas. Una columna tenía la J y otra la B, letras que al parecer querían decir *Juan Bautista*, pues también al precursor del Mesías le metieron de cabeza en la heterogénea liturgia masónica, donde los misterios egipcios y mil desabridas fábulas se mezclan gárrulamente con el mosaísmo, el paganismo, la religión cristiana, la revolución inglesa y la filosofía del siglo de Federico. Junto a las columnas se repetían las mesillas triangulares, una para el primer vigilante y otra para el segundo.

El techo no carecía de interés. Por encima del doselete destinado a guarecer la calva del Presidente, asomaban unas listas doradas representando los rayos del sol con dudosa fidelidad. En el friso había varios garabatos, obra de indocto pincel, a los cuales se atribuían intenciones de querer expresar los signos del zodiaco; y por debajo de ellos corría, también pintada, una sogá, símbolo de unión y fuerza. La estrella pitagórica andaba también de paseo por aquellos altos cielos, testimonio de grandeza del Supremo *Demiurgos* (Dios), y en su centro llevaba la letra G, significando *gnos*, palabreja que hasta los niños entienden, sin necesidad de aprender, que significa *generación*. Completaban el sublime ajuar cuatro candelabros con sendas *estrellas*, que en el mundo ordinario llamamos velas, y por último, la consabida batería de trastos, espada ondulante, compás, escuadra y el ejemplar de los Estatutos. No había ventanas ni más puertas que la de entrada, porque era de rito el ahogarse.

El Venerable o Presidente era un hombre como de sesenta años, de agradable y aún hermosa presencia, fisonomía simpática, sonrisa esculpida, [269] más bien de cortesía que de burla. En todo él había marcadísima expresión de contento de la vida, un singular convencimiento de que el mundo era bueno, y si se quiere, de que el Arte Real era óptimo. Vestía con elegancia, y los atributos y arreos de la masonería, que no tienen comúnmente nada de aiosos, le sentaban a maravilla. Había en su bizarra apostura corpulenta cierto aire de obispo y también algo de hombre de mundo, sin que pudiera adivinarse cómo se verificaba la síntesis de estos dos términos tan diversos.

Aquel personaje, que a pesar de su indudable influjo en los sucesos de su época ha escapado, por extraño fenómeno, a las fiscalizaciones entrometidas de la Historia, se llamaba D. José Campos. Éste era su verdadero nombre, y no anagrama impuesto por el novelador para tapar una celebridad; mas no lo busquéis en la Historia, como no sea en algún olvidado y oscuro libro de masones; buscadlo en la *Guía de forasteros*, porque era director general de Correos.

A pesar de la poca resonancia de su nombre, a pesar de no estar asociado a ningún ministerio, a ningún gran discurso, ni menos a batallas o sediciones, es indudable que el portador de él fue uno de los hombres más importantes del célebre trienio. A él se debió la organización de la Masonería en aquel pie de ejército poderoso. Lo que no se comprende fácilmente es la razón de su modestia. Campos no quiso nunca salir de la Dirección de Correos, aunque su familiaridad con ministros, generales y consejeros le ponía en la mejor situación del mundo para satisfacer su vanidad si la hubiera tenido. De las más verosímiles tradiciones masónicas se desprende que el Venerable en cuestión era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas y los pedriscos, conservando siempre el mismo sitio y no dejándose arrastrar por la furia de las pasiones, con lo cual, si aparentemente adelantan poco, en realidad salen siempre ganando y no están sujetos a las caídas y vaivenes de la gente muy visible y muy talluda. Más hábil vividor no lo conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos.

Los anales masónicos están conformes con asegurar que Campos tenía en las logias el nombre de Cicerón.

Tomaron todos asiento, siendo de notar que algunos tenían mandil y banda, y otros no. Hubo no pocos pasos de baile francés, tocamientos y signos que no describiremos por ser demasiado conocidos. La patriarcal fisonomía y espesa cabellera blanca de Canencia se destacaban al lado de la Epístola, y al verle tan circunspecto y hasta con cierta expresión beatífica, se creería que los templos elevados a la Gloria del [270] Gran Arquitecto *Iod*, también tenían sus santos. El Venerable, usando las fórmulas rituales, mandó al primer vigilante que *se asegurase si el templo estaba a cubierto*, y el primer vigilante, después de hacer la pantomima de salir y volver a entrar, declaró que no *llovía*, es decir, que el templo estaba libre de entrometidos y que podían empezar los trabajos. Un martillazo presidencial abrió éstos en el grado convenido.

El *Maestro de ceremonias*, que era uno de los oficiales dignatarios, recorrió los asientos presentando el *saco* de las proposiciones. Algunos masones depositaron un papelillo como los que se usan en las rifas domésticas. El Venerable extrajo todas las proposiciones, y escogiendo la que le pareció más grave, leyó lo siguiente:

«*Proposición de Aristogitón. -Gr.: 18: Salvador Monsalud.-* Pido a este Grande Oriente de Madrid, se sirva declarar que reprueba las prisiones ordenadas por el Gobierno con motivo de inofensivas conspiraciones absolutistas, y que se apresure a interponer su mediación benéfica

para que D. Matías Vinuesa y los demás infelices encarcelados por causa del ridículo plan descubierto el 21 de Enero, se libren no sólo de ejecución capital, sino del largo cautiverio a que los condenará la pasión política».

Cuando el Venerable concluyó de leer, rumores de desaprobación sonaron en la logia; pero el martillo del Venerable impuso silencio, y algunos instantes después, Aristogitón se expresaba en estos términos:

-He presentado esa proposición por pura fórmula y para cumplir con los Estatutos del Orden, que disponen sean tratados todos los asuntos en sesión reglamentaria, y no en conciliábulo reservados entre dos o tres hermanos bullidores que arreglan el mundo y la nación para su uso particular.

Nuevos rumores interrumpieron al orador, y Cicerón, después de acallarlos a golpes, recomendó a todos moderación.

-Temprano empiezan las interrupciones -prosiguió el masón del gr.º 18-, y lo siento, no por mí, que estoy dispuesto a decir todo lo que sea preciso, sino por mis queridos hermanos, que van a perder la paciencia y la voz, si continúan haciéndome coro hasta el fin de mi discurso... Decía que desconfío de que mi proposición tenga éxito aquí, a pesar de ser la expresión más leal y clara del espíritu y de las prácticas constantes de este respetable Orden en todos los países del mundo; y no tendrá éxito, porque este Gran Oriente y los individuos que en diversos grados dependen de él, han olvidado completamente los fines benéficos, desinteresados y filantrópicos de tan antiguo Instituto, para desvirtuarlo y [271] corromperlo, haciéndole instrumento de intereses políticos y de la codicia...

El martillo del Venerable, interpretando el descontento de la asamblea, advirtió al orador que hablaba con la pasión y vivacidad propias de un Congreso. Cicerón rogó en breves palabras al orador tuviese presente que aquello era un templo y no un club.

-Hermano Venerable -indicó Aristogitón-; si la condición de templo impide a este local oír la verdad, me callaré. Cuantos me escuchan saben ya por su conciencia lo que yo estoy diciendo. ¿Por qué no me lo han de oír a mí, si ya lo saben, y no les digo nada nuevo?... Continuaré, pues, procurando ser breve y herir lo menos posible la susceptibilidad de mis hermanos, a quienes ofende más lo dicho que lo sentido; más las palabras que los hechos... Al proponer al Oriente que temple en lo posible el ardor de las luchas políticas, he querido protestar contra la tendencia a fomentarlas y exacerbarlas. El Instituto masónico debe ser extraño a la política, debe ser puramente humanitario, debe proteger a los desvalidos sin pedirles cuenta de sus ideas, y aun sin conocer sus nombres. Está fundado en la abnegación y en la filantropía. Lo dicen así su historia, sus antecedentes, sus símbolos, que o no representan nada, o representan una asociación de caridad y protección mutua. Lejos de practicarse estos principios en España, el Orden se ha olvidado de los menesterosos, constituyéndose en agencia clandestina de ambiciones locas, en correduría de destinos y en...

Protestas, amenazas y tal cual palabreja puramente española, que no fue conocida de Salomón ni de Hiram-Abí, ahogaron la voz del orador. El tumulto fue tan grande como cuando en el templo de Salomón se dispuso que la multitud prorrumiese en gritos para que la palabra Jehová, pronunciada por el Gran Maestro, no llegase a oídos profanos. Del mismo modo los martillazos de Campos-Cicerón no llegaban a profanas orejas. Por último, entre Canencia y el

Venerable, lograron restablecer el orden.

-Esto no se puede tolerar -gritó un compañero-. Si el hermano Aristogitón quiere abogar por los absolutistas, que tanto nos han perseguido; si es absolutista él mismo, dígallo de una vez, sin necesidad de insultarnos, ni de manchar tan audazmente la honra inmaculada de esta santa sociedad. [272]

-Hermano Arístides, o mejor, Pipaón, pues no puedo acostumbrarme a prescindir de los nombres verdaderos -dijo Salvador, sin perder ni un instante su serenidad-; tú que has cantado en todos los corrales y has venido aquí mandado por los absolutistas, para referirles lo que hacemos, debes callar para no exponerte a que se descubra bajo la piel de ese ridículo celo la verdadera oreja asnal de tu conciencia negra.

-Que se *burilen*, que se escriban ahora mismo esos insultos -gritó Pipaón fuera de sí-. Hermano Venerable, pido que el Oriente formule ahora mismo el acta de acusación contra el hermano Aristogitón y que pase a la Cámara de Justicia.

-¿Para qué se ha de escribir lo que he dicho? -añadió Monsalud-. Mejor es que lo repita, y lo repetiré cuantas veces queráis.

-¡Orden, orden!

Cicerón rompía la mesa a martillazos.

-¡Fuera, fuera!

-Hermanos queridos -dijo el Venerable haciendo un esfuerzo para que su sonora voz fuese oída-, tengamos calma. Ruego al orador tenga presente que estamos en un templo, en el santo templo abierto a las luces, a la honradez pura, a la filosofía pura, a los nobles sentimientos filantrópicos de la humanidad toda, sin distinción de clases, iglesias, castas, ni estados...

-¡Bien, muy bien!

-Pues decía al orador que estamos en un templo y no en un Congreso y menos en un club.

-¡Muy bien!

-Hecha esta advertencia, y rogando a los hermanos de las columnas septentrional y meridional que se calmen y tengan prudencia, oigamos a nuestro hermano; que después el Oriente tomará las medidas que crea necesarias. Adelante, hermano Aristogitón.

-Es el colmo de la insolencia -gritó un hermano sin hacer caso de los martillazos ciceronianos-, que aquí dentro se levante una voz a defender al cura Vinuesa y a los demás conspiradores absolutistas.

-Yo no defiendo a los conspiradores -exclamó el orador-. Lo que pido al Oriente es protección para los que padecen, martirizados por una populachería indigna que no sabe oponerse a las conspiraciones de la Corona sino insultando al Rey; que no sabe sofocar las conspiraciones realistas, porque perdona, tolera y agasaja a los hombres verdaderamente

temibles, mientras encarcela y atormenta y ahorca a infelices clérigos y ancianos ineptos, incapaces de hacer cosa alguna de provecho [273] contra el régimen establecido. La populachería, a cuyo servicio se ha puesto este Orden, no ve los enemigos reales y poderosos que se unen astutamente al pueblo y se meten aquí, minando el terreno en que la libertad trata de fundar, sin poderlo conseguir, un edificio más o menos perfecto. La populachería, mientras deja de trabajar en silencio a los que odian la libertad, se entretiene en dar tormento a la gente menuda.

»Señores masones, o señores liberales templados, que ahora todo viene a ser lo mismo, sois como aquel emperador romano que se ocupaba en cazar moscas, y mientras mortificaba a estos pobres insectos no veía a los pretorianos que se conjuraban para echarle del trono. Éste era Domiciano. Así sois vosotros. Yo quiero que variéis de conducta, y principio por pedir que se deje en paz a las moscas... No conozco a Vinuesa; pero si a compañeros y amigos suyos, que comparten su suerte en la cárcel de la Villa o de la Corona. He visto la feroz excitación que existe en el pueblo contra ellos, y esta excitación creada y fomentada por este Orden y más aún por la Asamblea de los Comuneros, es una barbarie y al mismo tiempo una imprudencia política. El vil populacho a quien instruís en el inicuo arte de hacerse justicia por sí mismo, aprenderá al cabo, y una vez maestro, querrá dar todos los días una prueba de esa atroz soberanía que le habéis enseñado. Tengo la seguridad de que si el tribunal que va a juzgar a Vinuesa se mostrase benigno, la canalla destrozaría a Vinuesa, al tribunal y luego a vosotros, que habéis hecho creer a la bestia en la necesidad de los sacrificios humanos. Mientras la Corte juega con vosotros y os lanza de desacierto en desacierto para desacreditaros y para que os devoréis los unos a los otros, os entretenéis en menudencias ridículas, os debilitáis en rivalidades indignas y aduláis las pasiones de la canalla, que si hoy ladra libertad, ladrará mañana absolutismo. Todo depende de la mano que arroje el pedazo de pan.

»Poniéndome, pues, en el terreno político, a pesar de creerlo impropio de esta Sociedad; hablando el único lenguaje que entienden aquí, declaro que la persecución de Vinuesa, y mucho más la sañuda irritación del pueblo contra ese hombre infeliz, me parecen una desgracia casi irreparable para la libertad, un mal gravísimo, que este Orden debe evitar a toda costa, principiando por propagar la tolerancia, la benignidad, la cordura, y concluyendo por emplear toda influencia en pro de los procesados. Si no se hace así, esto que llamamos templo merece que el mejor día entren en él cuatro soldados y un cabo, y que después de entregar todos los trastos del rito a los chicos de las calles para que [274] jueguen, recojan a los hermanos todos para llenar otras tantas jaulas en el Nuncio de Toledo.

Las últimas palabras del orador apenas fueron entendidas, a causa del gran alboroto que se armó dentro del templo, que representaba la grandeza y maravillosa arquitectura del mundo.

-¡Fuera, fuera!... El mismo se ha desenmascarado y ya sabemos lo que quiere.

-A votar... Que se vote la proposición en escrutinio secreto.

-Ahora mismo se va a redactar el acta de acusación.

-¡Fuera!

-¡El acta de acusación!...

-Pedimos que pierda en absoluto los derechos masónicos. Tanta insolencia, esas brutales amenazas, la defensa de nuestros enemigos, no pueden quedar sin castigo...

Estas y otras frases pronunciadas en indescriptible tumulto, indicaban la efervescencia que en el templo reinaba, y por largo rato Cicerón se rompía las manos dando martillazos sin poder calmar las olas de aquel mar embravecido. Al fin, auxiliado de Canencia y de otros, lograron serenar un tanto los irritados ánimos, librando asimismo al insolente orador de las manifestaciones un poco brutales que el grupo más entusiasta, la columna del septentrión, si no estamos equivocados, se dispuso a emplear contra él.

-Después de ver lo que veo me preocupa poco que se vote o no lo que he propuesto -dijo Salvador-. Y en cuanto al acta de acusación, no se tomen mis hermanos el trabajo de redactarla, porque no es preciso que me expulsen. Me expulsaré yo mismo, abandonando para siempre este Orden inútil, enfermo, podrido, que si aún respira y habla como los vivos, ya infesta como los cadáveres.

¡Escándalo inaudito! Aunque lo normal en las *tenidas* era que se discutiera con tranquilidad, cuando [la congregación salomónica](#) se alborotaba parecía un club de los más fogosos. Unos rugían tan cerca del atrevido Aristogitón, que fue necesario que interviniera personalmente al Venerable para impedir cosas mayores entre hermanos, olvidados de la santidad que infunde un mandil de cocinero. De las columnas septentrionales partía el más atroz nublado de amenazas y recriminaciones. Las columnas del Mediodía estaban más tranquilas. Indudablemente había allí no pocos compañeros que opinaban lo mismo que el orador, hallando tan sólo reprehensible la forma violenta del discurso. [275]

[276]

[277]

-¡Radiación, radiación! -gritaron algunos-. Sin alborotar se puede imponer castigo al delincuente.

Radiar significaba dar de baja.

-Que se le inscriba en el *Libro Rojo*.

Era un librote donde se inscribían los hermanos *radiados* por sentencia masónica.

-Que se vote antes por *esferas* esa absurda proposición.

Esferas llamaban a las bolas.

-Queridos hermanos -repetía el Venerable con mansedumbre-, estamos en un templo, no en un club. Orden.

El orador se hubiera marchado de la logia sin esperar las resoluciones del templo; pero un

resto de consideración hacia los que aún le llamaban hermano detúvole allí. Vio que Canencia desde su tripódica mesilla le hacía señas de reprobación y pesadumbre; vio que el Venerable le miraba con expresión de lástima; oyó algunas palabras rencorosas de tal cual hermano que no lejos de él tenía su asiento; observó que muchos, mayormente los del Mediodía guardaban una actitud reservada, como hombres demasiado prudentes que no se atreven a poner su opinión frente a la opinión de la mayoría; vio después que votaban su proposición, y por unanimidad la desechaban; pero lo que más sorpresa le causó fue que en la sala de *Pasos perdidos*, concluida la sesión, le dijera al oído algún hermano de los más callados bajo la *bóveda del Universo*:

-Hermano Aristogitón, yo pienso como usted en lo de dejar en paz a las moscas y hacer puntería a los pajarracos; pero esto no se puede decir aquí. Conviene seguir la corriente y no chocar con la mayoría. A donde nos lleven iremos.

Y otro le dijo, también en secreto:

-Lo mismo que usted hubiera dicho yo, aunque en tono menos agresivo. No conviene ensoberbecer al pueblo ni adular sus instintos sanguinarios, pero, amigo, la consigna de estos días es sacrificar algún absolutista a la implacable furia populachera, y como no ha caído en nuestras redes, ni caerá, ningún tiburón, fuerza es echar en la sartén los pececillos de redoma. Vinuesa morirá.

Y un tercero le dijo, también en secreto:

-Le hubiera aplaudido a usted con toda mi alma; pero, amigo, estas cosas se sienten y no se dicen. Ni vale la pena de que pierda uno su destino y el pan de sus *lobatones* (hijos) por una apreciación política. Yo creo que esto se lo lleva la trampa. Estamos dentro de un torbellino que nos arrastra, nos hace dar mil vueltas, nos marea, y no para [278] nunca, y nos llevará a donde quiera el Gran *Demiurgos*. Creo que hace usted mal en manifestar tan crudamente sus ideas. La masa popular tiene ya a Vinuesa entre los dientes, y no seré yo el guapo que pretenda quitárselo. Ese clérigo es bastante criminal, es un disoluto, un perdido. ¿Por qué le defiende usted?

Y un cuarto le dijo, en secreto también:

-Siento mucho que le tengamos que *radiar* a usted y apuntarlo en el *Libro Rojo*, pero no hay más remedio. No se puede tratar al Orden como usted lo ha tratado... Por mi parte, acepto esa idea de no hacer caso del bajo pueblo: pero ¿quién le pone el cascabel al gato? Soltamos los mastines, y ahora tenemos que andar brincando y corriendo huyéndoles el bulto para que no nos muerdan. Si he de hablarle a usted con franqueza, creo que nada se pierde con quitar de en medio a los autores de ese monstruoso plan; pero al mismo tiempo opino, como usted, que hay otros peores, sí señor; otros que trabajan en obra fina, y no digo más... Dios nos tenga de su mano, Aristogitón, y lo que fuere sonará... Allí veo a Argüelles, a Calatrava y a Feliú que acaban de entrar. Esta noche hay *tenida de Maestros Sublimes Perfectos*... Parece que en Palacio anda la cosa mal, y que las Cortes nuevas no serán muy sumisas... Yo me voy, porque, según me ha dicho Campos, debo perder la esperanza de un ascenso por ahora.

Y un quinto le dijo en voz alta:

-¡Buena la has hecho...! Yo que pensaba decirte que te empeñaras con Campos para que me

trasladasen a la vacante de la secretaría...

-El duque del Parque acaba de entrar -le dijo un sexto-. Hay *tenida de Valientes y Soberanos Príncipes*. Sentiré que te *radien*, hermano Aristogitón. Aunque grité contra ti y te llamé insolente y procaz, no hagas caso. Somos amigos. Algo de lo que dijiste me gusta; principalmente, el apóstrofe a Pipaón. Ese canalla va a ser presentado esta noche en un grado superior. No hay quien pueda con él. ¿Crearás que la plaza que estaba destinada para mí la pescó Pipaón para su criado?

Otros pasaban sin mirarle o mirándole con provocativo enojo.

Mientras entraban diversos hermanos, que en el siglo respondían a los nombres de Quintana, Argüelles, Valdés, San Miguel, etc., salieron otros, entre los cuales también había nombres que después fueron ilustres, pero que callamos por varias razones.

Quedose Monsalud en la sala de *Pasos perdidos*, esperando el resultado de la *tenida de Maestros Sublimes Perfectos*.

La logia se iba a abrir en uno de los grados superiores. [279]

✠

- IX -

Duró la reunión de los padres graves bastante tiempo, porque además de que en ella trataron diversos asuntos de política elevada, hubo admisión de un hermano que había recibido *aumento de salario*, es decir, ascenso en la escala masónica. La ceremonia de recepción en los grados superiores no era más seria que el grado de aprendiz, y se hablaba mucho de la *Acacia*, de la *Sala de en medio*, de la *Luz opaca* y otras lindezas. Para explicarlas sería preciso entrar con brío en la leyenda del Arte Real; pero como ésta y cuanto a ella se refiere es fastidioso en grado sumo, recomendando al lector se abstenga de perder el tiempo averiguando el significado de los millares de emblemas diversos usados por las doscientas o trescientas disidencias o cisma del primitivo [280] Francmasonismo, y entre los cuales el rito *Escocés y aceptado*, que parece predominante en nuestros tiempos, tiene por liturgia un enredado berenjenal de alegorías, entre místicas y filosóficas, donde fracasa la más segura y sólida cabeza.

Los *Maestros Sublimes Perfectos* se retiraron muy tarde, y a la madrugada no quedaban en el local más que cuatro individuos, reunidos en torno a la mesa en la *Cámara de Meditaciones*. Eran Cicerón, Monsalud, D. Bartolomé Canencia y otro cuyo nombre y persona serán conocidos en el transcurso del diálogo. [Este](#) (que acababa de entrar concluidas las sesiones) y Canencia fijaban su atención en unos papeles llenos de guarismos y en un saquillo de monedas, contando a ratos y a ratos apuntando cifras. Los otros dos hablaban.

-La *Cámara de Perfección* -dijo Campos- no ha querido mostrarse severa contigo. Ha decidido que no seas *radiado* por ahora, y que, en vez de *dormir*, pidas una licencia ilimitada, que se te dará.

-Tonterías y debilidades -respondió Salvador riendo-. Ni yo quiero licencia, ni la necesito, ni la pediré, ni me importa que me *radien* o me escriban en todos los libros rojos o amarillos.

-Hazme el favor -indicó Campos con socarronería- de no echártela de hombre superior. No valemos tan poco como crees. El discursillo de esta noche, que tan justamente alborotó la logia, y la carta que me escribiste renunciando las comisiones que yo quería encargarte en provincias, me prueban que estás en un período de hipocondría o satánico orgullo... Sr. Aristogitón, hay que civilizarse; hay que aceptar las cosas como son; hay que renunciar a esos humos de hombre puro, so pena de anularse y caer en triste olvido... Es particular: yo te alargo la mano para sostenerte y elevarte, y me la rasguñas. ¡Pobre gatillo inocente! El discurso de esta noche bastaría para expulsarte definitivamente de entre nosotros, y, sin embargo, gracias a mí te quedarás; gracias a mí...

-Para nada quiero seguir.

-Seguirás -repitió Campos con benévola insistencia-, y no sólo seguirás, sino que nos serás útil. ¡Tunante! Más de cuatro quisieran verse en tu lugar. Has de saber que tus salidas de tono y tus desaires, en vez de ocasionarte disgustos, te proporcionan gangas. Ya verás qué pedrada te voy a dar esta noche.

-A nada conduce tanto hablar, Sr. Campos -repuso Aristogitón con impaciencia-. Es tarde: de una vez dígame usted si han tratado esos señores algo referente a Vinuesa y su conspiración.
[281]

-Eres en verdad sospechoso. ¿En qué se funda tu interés por ese Gil de la Cochera, de la Cuadra o no sé de qué?

-Es pariente mío.

-¿Cercano?

-Muy cercano.

-Quizás sea su padre -dijo para sí-. Estos hijos de nadie se exponen a que de buenas a primeras les salga un padre en cualquier calabozo».

-¿Se ocupan de esto? sí, o no.

-Nos ocupamos, sí. El castigo de Vinuesa y sus cómplices es una de las cosas que más preocupan a la gente política. No han sido olvidados otros asuntos graves, como la disolución del cuerpo de Guardias, los insultos al Rey, las nuevas Cortes, que se abrirán dentro de unos días; la sociedad de los comuneros, que está metiendo demasiado ruido, y las partidas de guerrilleros que comienzan a aparecer. Es un hormiguero de asuntos graves, que hacen de España un país de delicias.

-Por supuesto, no habrán resuelto nada. Los *Maestros Sublimes Perfectos* se parecen al Gobierno como una calabaza a otra. Aquí como allí se procede de la misma manera. Habrán decidido que no conviene absolver a Vinuesa ni tampoco condenarlo; que no conviene castigar a los insultadores del Rey ni tampoco alentarles; que el cuerpo de Guardias está bien disuelto,

pero que se debe crear otro; que la mejor manera de acallar el ruido que hacen los comuneros es alborotar mucho aquí; que las nuevas Cortes no son buenas, pero tampoco malas, y que la política debe ser exaltada para contentar al populacho, y al mismo tiempo despótica para contentar a la Corte.

-Atacas el justo medio, que es el arte político por excelencia, bribón -dijo Campos riendo-. ¿Tú qué entiendes de eso? Sin este tira y afloja, sin esta gracia de Dios que consiste en no hacer las cosas por temor de hacerlas a disgusto de Juan o de Pedro, no hay Gobierno posible.

-En una palabra: los *sublimes* no han decidido nada. Ya dijo Voltaire hace muchos años: «*La masonería no ha hecho nunca nada, ni lo hará*». Tenía razón.

-Protesto -gritó Canencia, apartando por un momento su atención de las monedas, de los guarismos y del amigo que con él contaba y escribía-. El buen Aroüet no ha dicho semejante cosa. No calumniemos al gran filósofo, señores.

-Quienes le calumnian, querido Sócrates -dijo Campos en un momento de ira-, son los volterianos que fuera de aquí se fingen beatos para halagar a los curas. [282]

-Pero si halagan a los curas honrados -repuso Canencia volviendo a contar-, no trabajan por la impunidad de los curas absolutistas, que escandalizan al país con sus conspiraciones... Cuarenta y cinco reales en medias pesetas.

-Usted, papá Sócrates -dijo Monsalud con mal humor -reparta el *dinero de la Viuda* y deje lo demás.

-Volviendo a nuestro asunto, hermano Aristogitón -manifestó Campos-, te conviene mucho no meterte a redentor de cautivos. El Grande Oriente no puede aplacar la efervescencia del pueblo contra Vinuesa ni absolver a éste, aunque hará todo lo posible porque no se le condene a muerte, ni tampoco pondrá en libertad al de Tamajón, ni a tu Gil de la Cuadra, porque si lo hiciera, se supondrían complicidades absurdas. Ya sabes lo que es el vulgo... y por más que digan, los Gobiernos deben dar algo al señor vulgo en compensación de lo mucho que a todas horas le piden.

-Pues yo me retiro -dijo Monsalud resueltamente. [283]

-Aguarda, torpe, ingrato. Te he dicho que iba a darte una pedrada esta noche.

-No estoy para bromas.

-Vamos, será preciso cogerte con lazo, y luego atarte las manos para que no des bofetadas a tus favorecedores.

Campos sacó del bolsillo un pliego doblado en cuatro.

-Aquí tienes tu destino.

-¿Qué destino? -preguntó el joven con asombro.

-No te hagas el tonto, Salvador, ni vengas acá con ridículas y mentirosas modestias. Con esta clase de latigazos se domestica a las fieras catonianas. Ya sé que no te gusta pedir nada; ya sé que te falta boca para proclamar tu horror a los destinos públicos y censurar la ambición y a los ambiciosos. Todos hacemos lo mismo; pero cuando nos dan algo... lo tomamos.

-Yo no entiendo una palabra de lo que usted me dice.

-Vamos, que no te falta ya más que hacerte anacoreta y excomulgarme por favorecerte. No tanto, joven modesto. Aquí tengo una credencial de treinta mil reales, una canonjía admirable en la secretaría del Consejo de Indias. Poco trabajo, ninguna responsabilidad. Con los suspiros que otros han exhalado por esta plaza se podría dar a la vela un navío. El ministro, al dármele esta noche en el capítulo, me dijo que desde que vacó ese puesto lo han solicitado unos cien o doscientos *adictos*. Pero yo la había pedido para ti con muchísimo empeño, y el ministro no podía desairarme; el ministro me ha dado la plaza a pesar de tu irreverente y sacrílego discurso de esta noche.

-Estoy muy agradecido a usted; pero no acepto.

-Es el primer caso que veo en España, querido Salvador -dijo Cicerón con la malicia escéptica que le era habitual-; es el primer caso que veo de un hombre a quien le dan esta bendición de Dios que yo tengo en la mano y se queda sereno y frío como tú estás ahora. Tú no eres hombre, tú no eres español.

-Pero ¿usted, por su propia iniciativa, ha pedido para mí ese destino no habiéndolo solicitado yo? -preguntó el joven, tratando de averiguar el motivo de aquella protección sospechosa.

-Hombre, la verdad... a mí no se me ocurría tal cosa; pero mi sobrina Andrea, que a todo atiende, que todo lo prevé, que sabe tan bien adivinar las necesidades, me dijo no hace muchos días: «Es una vergüenza que hayan colocado tanta gente inepta y esté sin destino Salvador Monsalud». Comprendí que tenía razón, y le contesté que tú nunca habías [284] pedido nada y que en la casa del señor duque del Parque estabas muy bien... Ella me dio a entender que desearas la plaza.

-¡Yo!

-Tú. Andrea es excelente, es caritativa como ninguna, y estima mucho a todos mis amigos. Me ha dicho que habías estado en casa a verme; que no hallándome, esperaste largo rato; que estabas meditabundo y cariacontecido; que te dio conversación para distraerte; que hablando de cosas de la vida, le diste a entender con frases delicadas y parabólicas que deseabas un buen empleo; en suma, según mi sobrina, tú le rogaste con buenos modos que influyera conmigo para que el Grande Oriente te proporcionara una pingüe colocación.

-¡Qué falsedad!... ¿pero lo dice usted seriamente? -exclamó Monsalud con ira.

-¿Desmentirás a mi sobrina?

-Yo no desmiento a nadie. Simplemente digo que muchas gracias y que guarde usted su credencial para otro.

Diciendo esto, Salvador clavó tenazmente los ojos en el semblante de Cicerón, tratando de leer en él los móviles de conducta tan extraña. Aquella extemporánea protección del *Maestro Sublime Perfecto*, otorgada precisamente a quien acababa de hacer a la congregación una ofensa grave, encerraba sin duda algún misterio. Conocía bastante Monsalud el carácter de Campos para creer en su benevolencia, y conocía bastante el Orden para suponerle capaz de dar a los que no pedían. Ni consideraba tampoco verosímil la intervención de Andrea en aquel asunto. Hizo diversos juicios y sentó varias hipótesis; pero ni de aquéllos ni de ésta resultó nada correcto. También fue inútil la observación analítica del plácido rostro de Campos, pues el gran masón no era hombre que a su cara permitía vender los secretos del entendimiento.

-Yo lo agradezco mucho -repitió el joven-; pero de ningún modo puedo aceptar.

-Basta; para fórmula modesta, para vergüencilla de niño bien educado, basta ya -dijo Campos burlescamente-. Pues eso que ahora te doy no es más que para hacer boca. Ya he hablado al ministro de enviarte a desempeñar una de las superintendencias de Indias, con la cual puedes ser hombre rico en diez años.

Aquel proyecto de envío a Ultramar, aumentando al principio la confusión del joven, confirmó sospechas dolorosas que en su alma empezaban a nacer.

-¡Repito que no y que no! -dijo con la mayor energía.- Muchas [285] gracias por todo; pero celebraré que no me vuelva usted a hablar de eso.

-Entonces -indicó Campos, cruzando los brazos en señal de perplejidad-, pide por esa boca. Imagina algún imposible: pide la luna, a ver si te la podemos dar.

-Lo que deseo, ya lo pedí en la *tenida*.

-Pues eso es un disparate. Ya te he dicho que no podemos decidir nada. Hay cuestiones que no se resuelven sino dejándolas sin resolución. ¿Te ríes?... ¡Maldita sea tu filantropía! Yo quisiera comprender en qué consiste tu interés por Gil de la Cuadra.

-En que le debo la vida.

-¿Y qué es eso de deber la vida?

-Una cosa que no entienden los egoístas.

-Tú estás loco -dijo Cicerón, haciendo gestos de desdén-. Sr. Regato, ¿qué le parece a usted la pretensión de nuestro joven filántropo?

El Sr. D. José Manuel Regato alzó los ojos del montón de dinero para fijarlos en el cercano grupo. Hombre tan célebre merece algunas líneas. [286]

- X -

Era de mediana edad y fisonomía harto común, ni alto ni bajo, moreno y curtido de rostro, a excepción de la frente, que era muy blanca. Sus pobladas cejas negras y el pelo espeso y cerdoso indicaban fortaleza. Había en sus ojos la vaguedad singular propia de los tontos o de los que aparentan serlo, y a menudo reía, como tributando de este modo complaciente lisonja a cuantos le dirigían la palabra. Vestía completamente de negro, asemejándose por esta circunstancia a una persona de estado eclesiástico; afectaba la más refinada compostura, y al mirar contraía los párpados a manera de los miopes. Si los abría en momentos de sorpresa, de miedo o de ira, distinguíanse los verdosos y dorados reflejos de su iris, muy parecido al de los gatos. Cuando quería hablar algo de interés iba acercándose poco a poco al asiento de su interlocutor, y su manera de acercarse, su especialísima manera de sentarse, arrimando el [287] codo o el hombro a la persona, eran fiel copia de los zalameros arrumacos del gato. Muchos habían observado esta semejanza, y hasta en el apellido de Re-gato, es decir, reiteración en las cualidades gatunas, hallaban motivo de burla los maliciosos.

-Antes de pedir con tanto empeño la impunidad de Vinuesa y compañeros -dijo D. José Manuel-, yo me pondría en paz con Dios por lo que pudiera tronar. Defendiendo a tales víctimas se corre el peligro de ser una de ellas. Gil de la Cuadra es uno de los peores. ¡Valiente pajarraco defiende usted, amiguito Monsalud! Con la mitad de lo que él ha hecho se va de bureo a la plazuela de la Cebada. No es crueldad, señores; pero si a este candoroso anciano no le ponen la corbata de cáñamo, no hay justicia en el mundo.

-A quien hay que poner la corbata de cáñamo -dijo Salvador con súbita ira- es a los serviles que impulsaron a Vinuesa y compañeros mártires para abandonarles en el momento del peligro. Quizás celebran hoy que la muerte de esos infelices borre la huella de trabajos más formales; quizás se mezclan hipócritamente a la canalla soez que pide horca y hogueras... para distraer de sí la atención del pueblo honrado y del Gobierno.

-Quizás... -repitió serenamente [Regato](#).

-Si sigues por esa senda de sentimentalismo -dijo Campos, dando a Monsalud familiar espaldarazo-, es muy posible, ¡oh joven!, que te pongan entre los sospechosos o poco adictos al sistema.

-Pónganme donde quieran -manifestó Salvador-. Yo sé dónde estoy y conozco bien los sitios y las personas. Desprecio los juicios malignos que aquí o fuera de aquí puedan hacerse de mi conducta.

-Enérgico estás -dijo Cicerón con jovialidad-. Verdad es que quien se ha extralimitado en el templo, bien puede salir de sus casillas en la sacristía.

-¿Qué es eso de sacristía? -indicó Canencia, desperezándose, después de contado el dinero, como hombre que ha terminado un gran trabajo-. No se pongan motes de clerigalla a estos venerables lugares. Esto se llama la *Cámara de Meditaciones*... Cuente usted otra vez lo suyo,

señor Regato. Son 836 reales y tres maravedises.

-No vuelvo a ensuciar mis manos en esta inmundicia -dijo Regato-. ¡Válgame Santa Mónica, cuánta calderilla! Parece mentira que una hermandad tan ilustre y a la cual pertenece tanta gente adinerada no ponga más que estos miserables huevecillos.

-Los gordos son para el hermano Sócrates -dijo Monsalud-. Mire [288] usted, Sr. Regato, cómo va echando carrillos y rejuveneciéndose el buen masón de Salamanca.

-Cállate, picarillo -repuso Canencia-. Ya sabes que puedo sacarte los colores a la cara siempre que quiera.

-Señal de que tengo vergüenza.

-O de que la tuviste... Pero basta de boberías. Cobre usted, señor Regato, y venga recibo.

-Las cuentas de estos señores -dijo Salvador- son tan embrolladas como las leyes masónicas.

-Es sencillísimo -contestó Regato-. Se me deben 1.233 reales. Aquí está mi cuenta... «Por dos calaveras que mandé traer de la bóveda de San Ginés en 6 de Noviembre, 42 reales... Por el bordado de cuatro mandiles, 268... Por echar una pieza al sol, 12... Por pintar las llamas, 30... Por una escuadra nueva y siete malletes, 58... Por aguardiente que se dio a los de policía el 5 de Enero, 14... Por lo que se repartió cuando tiraron la pedrada al coche de *Narices*, 4 10... Por papel de circulares, 60... Por saldo del piquillo que se le debía a Grippini el cafetero de *La Fontana*, 140... y así sucesivamente, señores. Total, 1.233 reales». Ahora papá Sócrates ajusta las cuentas de otro modo, y no quiere darme más que 836 reales. Estas mermas son las recompensas de un hombre de bien que consagró su tiempo a ser secretario de la masonería durante cinco meses... ¡Vean ustedes qué pago! Adelanta uno su dinero para que el Orden no carezca de nada, y al pagar... ¡Luego se espantan de que me haya hecho comunero!...

-Bendito D. José -dijo vivamente Cicerón-, poco a poco. No nos espantamos de que usted se haya hecho comunero; nos espantamos y nos enojamos de que usted, tan favorecido por este Gran Oriente, prescindiendo de piquillos, alcances y descuentos, fomentara la escisión funesta que acaba de realizarse en la sociedad; que arrastrara fuera del Orden a esos desgraciados fundadores de la gárrula comunería, y que ahora, después que forman iglesia aparte, les incite contra nosotros, les predique la anarquía y el desorden, convirtiéndoles en desalmados jacobinos.

-Yo me marché de la masonería -dijo Regato con firmeza-, yo fomenté el cisma, yo contribuí a fundar la Sociedad de los Hijos de Padilla, porque la masonería vino a ser rápidamente una sociedad ñoña y que no sirve para nada, como dijo Voltaire. Yo no oí las verdades amargas que dijo el Sr. Monsalud esta noche, porque como hermano *durmiente* a perpetuidad, no puedo pasar de la sacristía ni aun entrar aquí, sino [289] recatadamente y a ciertas horas; pero por lo que me contó el Sr. Canencia, sé que este joven puso el dedo en la llaga. Señores, esto es una farsa; esto no conduce más que a un servilismo no menos infame que el servilismo del año 14. Aquí se hacen los decretos a gusto de dos o tres maestros del grabado sublime; aquí se eligen los diputados; aquí no hay otra cosa que los manejos de cuatro fatuos que mandan y a su gusto disponen de todo. No les quiero citar, porque no hay para qué. Pero ellos quieren establecer el gobierno perpetuo de los tibios y adjudicarse todos los destinos. Esto no puede ser, y no será.

Hemos fundado la comunería para establecer la verdadera libertad, sin boberías de orden y servilismo encubierto, para darle al pueblo su total soberanía, y que se hagan todas las cosas como al santo pueblo le dé la gana; para desenmascarar a tanto pillo farsante y hacer que obtengan destinos los verdaderos hombres de bien, adictos al sistema. Basta de papeles y comedias bufonas. Nosotros vamos a la verdad, a la realidad. Odio eterno, señores, entre unos y otros; queremos separación eterna, irreconciliable, de los que desterraron a nuestro querido héroe, de los que contemporizan con la Corte y la Santa Alianza, de los que disuelven el ejército libertador, de los que persiguen a las sociedades patrióticas de *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, de los que hacen la mamola a los obispos y al Papa, de los que ponen dificultades a la organización de la Milicia Nacional; separación eterna de los que en una mano tienen el libro de la Constitución y en otra el cetro de hierro del *Rey neto*. Éste es el Orden de Padilla; ésta es la Confederación de Padilla, que hará en España la revolución verdadera, que establecerá el sistema constitucional en toda su pureza y pondrá fin al reinado de los pillos e hipócritas. El Orden de Padilla derribará el infame Ministerio de las *páginas* y de los *hilos* antes de ocho días, señores; óiganlo bien, antes de ocho días.

Nadie contestó en los primeros momentos. Cicerón meditaba apoyando su sien en el dedo índice. Canencia sonreía. Monsalud, indiferente a la perorata, se levantó para retirarse.

-¡Gran suerte será para nosotros -dijo al fin Campos-, que el señor Regato nos perdone la vida!

-Yo no amenazo. Al contrario, invito a todos los buenos amigos a que se vengan conmigo.

-Es muy cómodo eso -indicó Cicerón-. Vivir con la Masonería, cobrar 800 reales por calaveras, remiendos echados al sol y aguardiente dado a la policía, y marcharse después con los comuneros para hacernos la guerra. [290]

-No pueden ustedes acusarme de interesado -dijo Regato, levantándose también para marcharse-. La Comunería es pobre; no da destinos.

-Pero los dará tal vez dentro de ocho días. Ya se puede esperar.

-Antes que se me olvide, Sr. D. José Manuel -dijo el filósofo Canencia, que no se apartaba de lo positivo-. Me han dicho que allá tienen falta de espadas y broqueles. Aquí tenemos algunas piezas de sobra.

-Veo que esto acabará en Rastro -repuso el comunero, guardando sus cuartos -. Nosotros usamos espadas de acero, no de latón.

-Pues buen provecho, hombre, buen provecho.

-Para mis amigos soy el mismo de siempre -dijo Regato echándose la capa sobre los hombros-. ¿Quién sabe si...?

-El hermano Sócrates y yo tenemos que ajustar ahora otra especie de cuentas. Buenas noches, señor Regato.

-Yo me retiro también -dijo Monsalud-. Repito lo del destino, señor Marco Tulio. Muchas

gracias, muchas gracias por la secretaría; pero que sea para otro.

-Adiós, puerco espín... Señor Regato, mucho cuidado con ese granuja que sale con usted. Es capaz de hacerse comunero si usted se lo dice tres veces.

Cuando ambos salieron a la calle, el más joven dijo:

-Sr. D. José Manuel Regato, yo quiero ser comunero.

Uno y otro hablaron breve rato, separándose después.

[291]

✕

- XI -

Seguía viviendo Solita en casa de Doña Fermina Monsalud, adonde trasladó el pequeño mueblaje matrimonial; y su bondad y sencillez nativas, así como la gran desgracia que padecía, abriéronle pronto el corazón de la madre y el hijo. Otras personas necesitan largo tiempo y trato para ganarse una amistad profunda; pero Solita, a los ocho días ya era de la familia. Durante las largas ausencias de Salvador, que estaba fuera casi todo el día y parte de la noche, la señora mayor y la señorita, sin dejar de la mano una y otra labor de utilidad y entretenimiento, no cesaban de discurrir sobre las probabilidades de que el Sr. Gil de la [292] Cuadra fuese puesto en libertad; y como el tema llevaba al áspero terreno de la política, concluían siempre diciendo mil desatinos, que en su buena fe y candor les parecían discretas observaciones o grandiosos descubrimientos.

-Dicen que va a caer el Gobierno -indicaba Doña Fermina-. Si entran después los que quieren que todo sea libertad y más libertad, no habrá presos.

-Lo que yo creo más probable -respondía Soledad-, es que el Rey se levante de mal humor cualquier mañanita, y mande a su caballerizo mayor a las Cortes. Desengáñese usted: de ahí viene todo el mal.

Algunos días veían los sucesos con alegres ojos; otros, sombríamente y con tristeza.

-Tengo el corazón traspasado -decía Solita, dejando caer sus lágrimas sobre la costura-. He cerrado un momento los ojos para rezar, y he visto a mi padre expirando en el calabozo.

-No pienses tonterías -contestaba la Monsalud-. Yo he cerrado también los ojos para rezar, y he visto al señor Gil poniéndose la capa para salir de la cárcel. El mejor día le ves entrar por esa puerta... Mi buen hijo ha tomado con empeño este negocio.

Entraba entonces Salvador, fatigado y sombrío, y al punto las dos mujeres clavaban en él la vista para adivinarle los pensamientos antes que los manifestase. Solita se lo comía con los ojos, y había adquirido tal arte para leer en la expresiva fisonomía del joven, que al verle entrar decía para sí: «Hoy tenemos malas noticias», o: «Hay esperanzas».

Soledad creía deber suyo pagar con pequeños trabajos y servicios los favores sin cuento que en aquella casa recibía. En un par de días enterose minuciosamente de los hábitos de la familia y procuraba que su presencia en la humilde vivienda fuera de lo más útil posible. Aguzaba su ingenio para introducir en el cuarto de Salvador refinadas comodidades, previendo cuanto el buen muchacho necesitar pudiera; se le conocía en la cara y en el modo de mirar que no abandonaba un punto la observación cariñosa y vigilante de todo cuanto a su hermano postizo se refiriese.

Separada de su padre y de los parientes maternos, la persona a quien tenía mayor respeto era aquel protector advenedizo en cuyos brazos había caído. Con la madre tenía confianza; con el hijo, no. Además de que no osaba entablar conversación con él, fuera de las preguntas propias de las circunstancias, manteníase siempre distante y respetuosa. Salvador, a los pocos días de [293] vida común, la tuteaba. Como pasasen muchos sin que ella correspondiese a esta familiaridad, él le dijo:

-Cuando el pobre Gil se separó de nosotros, quiso que fuéramos hermanos. Trátame como se tratan los hermanos, y llámame *Salvador* a secas y *tú*.

-Me parece que no podré acostumbrarme a eso -respondió la niña, ruborizándose.

A pesar de su propia opinión, se acostumbró muy pronto.

Cuando el joven dormía, avanzada la mañana, una como divinidad del silencio cuidaba de evitar los más ligeros ruidos de la casa. Cuando volvía muy tarde, las más veces en el último confín de la noche, Solita velaba sin fatiga ni sueño para que no esperase ni un minuto en la puerta ni le faltara nada al entrar. Nunca se había permitido la más ligera broma con él, ni dejó de emplear, para decirle algo, el tono más comedido y serio. Una noche, sin embargo, le salieron las palabras a la boca con tal ímpetu, que se extralimitó a hablarle así:

-¡Qué tarde has venido esta noche, hermano! Se conoce que tú y tu novia habéis tenido muchas cosas que deciros.

Soledad no comprendía que un hombre trasnochase por otra razón que por estar hablando con su novia.

Salvador acogió la observación con amable sonrisa. Arrojándose en una silla con muestras de gran cansancio, contempló a su improvisada hermana, que estaba ante él sosteniendo una luz, y se fijó más que nunca en las graves imperfecciones de su rostro, no tantas, sin embargo, que disminuyese el fuerte atractivo simpático que existía en ella, a manera de reflejo o anuncio del alma.

-Solita -le dijo Monsalud riendo-, con esa luz en la mano te pareces a la Fe iluminando el mundo. Yo he visto en alguna parte una estatua, cuadro o estampita igual a ti en este momento...

Dime, hermana, y perdona mi curiosidad: y tú, ¿no tienes novio?

Solita volvió rápidamente la espalda para retirarse; pero arrepentida sin duda, tornó a mirar a su hermano.

-Bien sabes que lo tengo. Mi primo Anatolio...

-¡Ah, ya recuerdo! Tu papá me habló de un primo tuyo, que también será ahora primo mío... Ya recuerdo, sí, el primo Anatolio, que va a ser mi cuñado.

-Justamente. ¿Quieres algo?

-Aguárdate y respóndeme. ¿Quieres mucho a nuestro primo?

-Ya sabes que mi padre ha dispuesto que sea mi marido. [294]

-¿Le has visto alguna vez?

-Cuando éramos niños. Yo no me acuerdo bien cómo es. Mi padre hace poco me solía decir: «Tu primo Anatolio ha de ser a esta fecha un arrogante hombrazo, como Salvador, el de Doña Fermina».

-Pero no me has dicho si quieres mucho a ese Anatolio.

-Eso no se pregunta. ¿No he de quererle si mi padre me ha mandado que le quiera y me case con él?

-A eso no hay nada que decir, hermana. Cuando te cases y vayas a Asturias, te prometo hacerte una visita. ¿Qué te parece?

-Me parece muy bien.

-Y seré padrino de tu boda... y seré padrino de tus niños, de mis sobrinillos.

-Buenas noches, compadre.

Pero esta clase de diálogos eran una excepción. Generalmente, cuando Salvador entraba, Soledad le hacía preguntas referentes a la deseada libertad de su padre.

-Hermano -le dijo una noche-, tu cara me anuncia malas noticias. ¿Qué hay?

-¿Malas noticias? -repuso el joven dando un suspiro y meditando breve rato-. La verdad, este asunto es difícil. Se sacan piedras del fondo del mar; pero ¿quién saca la pobre víctima que cae en el inmenso fondo de barbarie del populacho?

Solita dio un suspiro y elevó sus expresivos ojos al cielo.

-Pero no hay que desesperar, hermanita -añadió [Salvador consolándola](#)-. Cuando yo llegue al último extremo en mis fatigas y empeños por salvar la vida al pobre reo; cuando yo no pueda

más, vendrá lo imprevisto, vendrá Dios y lo salvará.

-Según eso, traes malas noticias -dijo Soledad con abatimiento.

-Malas no, regulares. He adelantado algo. Mañana veremos. Con que buenas noches, comadre.

Solita dio otro suspiro y se alejó; pero retrocediendo al instante, hizo esta pregunta:

-¿Y le has visto?

-Todavía no he podido verle. Ponen mil dificultades; pero me voy a hacer amigo de los comuneros, a ver si por este medio...

-Los comuneros... es decir, D. Patricio. Dime, hermano, ¿son todos tan tontos y tan crueles como nuestro vecino?

-Allá se le van... Creo que me será fácil ver a tu padre. Descuida, [295] que si no podemos conseguir su absolución, trataremos de arreglarle la escapatoria.

-¡Qué bueno eres, pero qué bueno! -exclamó Sola- Siempre que te oigo hablar se me llena el corazón de esperanza y veo a mi pobre padre libre y feliz. Lo que haces por nosotros Salvador, es más que cuanto pueden hacer los hombres más generosos. Mucho ha de darte Dios en esta vida o en la otra para poderte premiar.

-Dios no tiene que darme nada, tonta. Esto es una deuda, mejor dicho, aquí hay varias deudas que pesan sobre mi alma. Si salvo a tu padre de la muerte primero, de la cárcel después, sentiré un alivio...

-Ya sé... Cuando mis padres marcharon a Francia hace ocho años, ocurrieron cosas terribles.

-Sí, muy terribles. Algunas de ellas no las puedes comprender. Por fortuna tú no estabas allí; te dejaron en La Bañeza. [296]

-Pero todo me lo contó mi madrastra -manifestó Solita con emoción-. La pobre te estimaba mucho, y constantemente hablaba de ti. Hasta en el día de su muerte te nombró varias veces...

Salvador callaba, fijando la vista en el suelo.

-No digas que soy generoso si saco a tu padre de este mal paso -manifestó después de una pausa-. Di más bien que soy un malvado si no le salvo.

-¿Y si es imposible?

-No hay nada imposible -repuso el joven con brío-. Soledad, tendrás padre, tendrás marido...

¿Sabes que conviene escribir a tu primo Anatolio, refiriéndole la situación en que te hallas?

-Como tú quieras -respondió la joven con indiferencia.

-Le escribiré, vendrá, te casarás. Para entonces, vive Dios, o soy digno del desprecio de todos, o estará tu padre libre. Viviréis felices y tranquilos... ¡Oh, qué hermosa familia vamos a tener aquí!... Porque supongo que el Sr. Gil se verá rodeado de nietos dentro de algunos años... ¡Pobre anciano, cómo gozará, jugando con los pequeñuelos!... ¿Y ese Anatolio será un buenazo, un corazón de oro?... Lo dicho: seré padrino de tus muñecos.

-Buenas noches, compadre. Que duermas bien.

-Buenas noches.

Y al acostarse se decía a sí mismo:

-¿La ves tan desgraciada, tan pobre, tan sola? Pues con su sencillez, su ignorancia y su Anatolio, será más feliz que tú.

[297]

xx

- XII -

El personaje a quien los de la Acacia daban el nombre de *Cicerón*, vivía en una hermosa casa a la extremidad de la calle de D. Pedro, junto a las Vistillas. La Dirección de Correos, que hoy constituye una posición decente, era en aquellas calendas una verdadera mina, y ahondando en ella, el señor Campos, a pesar de su oscuridad política, había conseguido manejando cartas, y no de baraja, allegar un capitalejo que en lo sucesivo sirvió de tema de maledicencia al envidioso vulgo. Entró con pie derecho este insigne personaje en la burocracia revolucionaria por reunir los tres requisitos indispensables para medrar durante aquel período, los cuales eran: haber padecido durante el régimen absoluto, haber intervenido en la mudanza del 20 y estar afiliado en las sociedades secretas.

Vivía, pues, pacífica y cómodamente con su familia, que no era por cierto muy numerosa, pues constaba tan sólo de dos personas: su hermana doña Romualda (señora de muy poco seso en su juventud, al decir de la gente, pero que en la época de nuestra historia parecía querer apaciguar su conciencia dándose a la devoción con ardiente celo) y su sobrina Andrea, hija de Mauricio Campos, que volvió de Indias el año 12 con una regular fortuna de que no pudo disfrutar porque le sobrevino la muerte. Huérfana de padre y madre a los once años de edad, la hermosa niña quedó bajo la tutela de su tío, que no tuvo reparo en empezar su administración disipando en conspiraciones una parte de la fortuna de la pobre indianilla; y para mayor perjuicio de ésta, los frecuentes viajes de Campos la ponían bajo la inmediata protección de doña Romualda, que por aquellos días no había salido aún de la etapa de las calaveradas

amorosas. [298]

Andrea, cuya crianza en América no había sido ejemplar a causa de la temprana muerte de su madre, tuvo una escuela lamentable en la peligrosa edad del cambio de juguetes, es decir, cuando se decreta la jubilación definitiva de las muñecas y el planteamiento de los novios. Mal atendida por su tío y peor tratada por doña Romualda, a quien aborrecía cordialmente, la joven vivía ensimismada, cultivando con ardor su propia imaginación. Contrajo amistades que una madre prudente hubiera prohibido; intimó excesivamente con las criadas; paseaba en compañía de éstas más de lo conveniente, y en cambio del cariño y el agasajo que le negaran dentro de casa, disfrutaba de una libertad que no conocían las señoritas de aquella época y rara vez las de ésta. Por esto Andrea se parecía tan poco a las niñas españolas de su tiempo. Era una criolla voluntariosa, una extranjera intrusa que habrían repudiado Moratín y Cruz. Su familia favorecía más cada vez aquella libertad. Doña Romualda, que empezaba a sufrir la transformación de la edad paleolítica de los amores a la edad neolítica de las devociones, tenía mucho que hacer: estaba en la iglesia. El buen Campos también era hombre ocupadísimo por aquellos días: estaba conspirando.

Era la indiana buena y sensible. Fácilmente comprendía la verdad por poco que se la mostraran. Fácilmente acertaba con lo justo y honrado, por simple iniciativa de su conciencia. Pero tenía ansia de afectos ardientes, y miraba sin cesar a todos lados buscándolos. Su desgracia consistía en que le era forzoso abrirse sola y sin ayuda de nadie el áspero camino de la juventud. Habría necesitado para esto tener un caudal de energía y de entereza moral que rara vez da Dios a las criaturas, pero que suplen, según admirable orden de la sociedad, las personas allegadas y mayores de la familia. Careciendo de fuerza propia y de sostén extraño, hubiera sido un prodigio que la gallarda flor se mantuviera derecha. Los prodigios son muy raros en el mundo. Bueno es hacer constar que la pobre Andrea, avisada del peligro por una intuición potente, hizo esfuerzos instintivos para sostenerse erguida y pomposa, vuelta hacia el sol la virginal corola; pero el viento soplaba con demasiada fuerza y se dobló.

Era tan guapa, que su vanidad (otra desgracia no pequeña) resultaba cada vez más lógica. Habría sido conveniente que ignorara algún tiempo la riqueza de seducciones que atesoraba en sus ojos, en su boca, en todas las partes de su cara morena y alegre, llena de inexplicables gracejos y atractivos; en su cuerpo delgado y flexible, de esos que no tienen clasificación fácil en el cuadro ginecológico, [299] y son tales, que para buscarles semejante necesita el observador descender en busca de un ser antipático y que se arrastra: la culebra.

Pero [Andrea](#) no tuvo a nadie que le hiciera el sumo bien de engañarla durante algún tiempo respecto a su belleza, y entregose desde muy niña al fascinador deleite de los espejos. Las criadas cantaban a su oído un coro de lisonjas. En la sala de su casa había una hermosa estampa que representaba la famosa escena de Phrine entre los jueces de Atenas, y Andrea, de tanto leerla, se sabía de memoria la leyenda grabada al pie con resplandecientes letras de oro. Aunque parezca extraño, conocidos los tiempos y el lugar, no puede menos de suponerse que en aquella cabeza hervían ideas gentílicas; pero el paganismo es de todas las edades, y buscando sin cesar dónde establecerse, se mete y se acomoda allí donde no hay otra religión que haya echado raíces.

Andrea fomentó su vanidad y la adoración de sí misma, consagrando al adorno de la persona mucho tiempo, mucha atención y todo el dinero de que podía disponer. Si éste no abundó durante los ominosos tiempos en que Campos conspiraba, luego que vino la era feliz y fue

restablecido en parte el patrimonio de la huérfana, el buen tío, que no era [300] tacaño y gustaba de que su pupila se presentase bien, abrió bastante la mano en lo relativo al lujo. Ésta era la fórmula de su cariño, porque sin duda hay distintas maneras de amar a las sobrinas. Además, Campos, por razones de egoísmo, tenía empeño en no contrariarla, deseando alcanzar de ella consentimiento para un proyecto nupcial que entre manos traía después de la revolución.

No se crea que el Venerable se parecía a los grotescos tutores que son el elemento bufón de las comedias italianas del siglo XVIII y que también abundan en el repertorio de las óperas. Campos no quería que su sobrina se casase con él. Era viejo, habíase entregado al volterianismo, que en aquellos tiempos empezaba a propagar tanto las cómodas prácticas del celibato; era además un epicúreo refinado de esos que nos legó el siglo XVIII, y que ya comenzaban a desbancar a los rancios egoístas de chocolate y bollos de monjas. Otrosí: tenía Campos sus entretenimientos fuera de casa, con los cuales le iba muy bien al parecer. Su claro talento, además, no le decía nada favorable a su enlace con muchacha primaveral. Su amigo D. Leandro no escribió para él *El viejo y la niña* ni *El sí*.

El proyecto consistía en casarla con un señor de edad algo avanzada, pero entero, arrogante, fino, discreto, y que sabía ocultar sus años y aun hacerse amable, pues a tanto llega en privilegiados individuos el arte social. El marqués de Falfán de los Godos era un medio siglo bien conservado, gracias a reparaciones hábiles y a un cuidado continuo. Había sido exento de Guardias, compañero de Palafox y de Godoy, y en aquellos tiempos en que los mozos guapos desempeñaban grandes papeles en la Corte y en que se hablaba, como lo prueba el desvergonzado libro de un fraile, de serrallos a la turca, de envenenamientos proyectados, de matrimonios dobles y otras barbaridades ante las cuales la discreta historia se complace en cerrar los ojos. Así como el duque de Zaragoza fue célebre y simpático por sus hurañas resistencias, Falfán de los Godos tuvo fama por lo contrario. En 1821 era general; tenía fama no sólo de honrado y decente, sino también de gastrónomo y mujeriego, cosa natural en un solterón riquísimo y bien parecido, de ancha conciencia formada en la escuela enciclopedista del siglo pasado.

Hacia 1820 comenzó a pesarle el celibato; echó de menos algo amante, tierno y cariñoso; es decir, los hijos que debía tener y no tenía, la esposa que siempre había rechazado como una fastidiosa carga de la vida. Falfán de los Godos pensó en casarse, y supuso que sus cincuenta años, a pesar de la madurez consiguiente, podían dar aún mucho de sí. Acontece [301] a menudo que estos hombres listos y conocedores del mundo, pierden la chaveta cuando tratan de poner algún orden en su vida, y bastardean completamente la meritoria idea de ser padres, que tan a deshora les ocurre. Falfán de los Godos, maestro en el arte de vivir, perdió el tino, como todos los de su clase, y en vez de buscar para esposa un tipo de bondad reposada, una madura belleza asegurada de peligros y que se acomodase fácilmente a los gustos e ideas del trasnochado esposo, fue a incurrir en el maldito antojo de la niña fresca y tiernecita que apenas ha empezado a vivir y tiene un porvenir ignoto delante de sus ojos chispeantes. Él no dejaba de comprender en ratos lúcidos su error; pero se engañó a sí mismo vanidosamente trayendo a la memoria su buena presencia, su gran fortuna, su fama, sus gustos artísticos, su finura, rica herencia del antiguo régimen que contrastaba con la grosería de los revolucionarios.

Si todo hubiera de resolverse entre el acartonado Marqués y Campos, la cuestión habría estado concluida en un par de semanas; pero Andrea no quería casarse con Falfán de los Godos porque amaba a otro. Esto sí que se parece a todas las comedias italianas del siglo XVIII, a las óperas del primer repertorio y a muchas novelas de aquel tiempo, principalmente a las de

D'Arlincourt, Mad. Cottin, Florian y Mistress Bennet; pero no es culpa nuestra que esta vieja historia se nos venga a las manos. Acontece alguna vez que las cosas vulgares son las más dignas de ser contadas.

En los días que van corriendo para nuestra relación hacía tres años que Andrea había entablado amistades íntimas con un hombre que cierto día se metió en su casa buscando refugio contra los corchetes que le perseguían. Cómo nacieron y rápidamente tomaron vuelo a manera de incendio estos amores, es cosa que ahora no nos importa; pero la libertad de que disfrutaba Andrea explicaría muchas cosas. Pasaron días, muchos días, y con ellos sucesos buenos y malos que no merecen ser referidos. En 1821, la casualidad, o mejor dicho, la política, juntó en un círculo al amante de Andrea y a Campos: hiciéronse amigos, y cuando éste le llevó a su casa no tenía ni vagas sospechas del interés que aquella amistad inspiraba a su sobrina. De este modo, Píramo y Tisbe no tuvieron que horadar paredes para hablarse, y aunque la presencia casi constante del tío les estorbaba, viéndose a menudo aun delante de testigos, tenían medios para preparar sus conferencias reservadas, las cuales no eran ya frecuentes porque la libertad de Andrea empezaba a disminuir. [302]

El favorecido conocía perfectamente las horas que doña Romualda consagraba a la grave faena diaria de sus devociones, las de oficina y la logia para Campos. Aplicando bien la sentencia profundísima de uno de los siete sabios de Grecia, que dijo *aprovecha la ocasión*, aquel hombre enamorado hasta la ceguera y el aturdimiento entraba en la casa. Estas atrevidas invasiones del templo de un exaltado amor no eran ni podían ser frecuentes, y exigían gran cautela con criados y gente menuda; pero los amantes habían discurrido mil triquiñuelas y contaban con la fiel complicidad de una criada antigua. Su ceguera, con todo, no era tanta que se ocultase a entrambos la necesidad de poner término a tal género de vida.

[303]

xx

- XIII -

Una mañana, [Salvador entró](#). Como no había temor de sorpresas, Andrea, después de poner en escucha a su criada, según costumbre, abrió al amante las puertas de su habitación.

-Ven aquí -le dijo asomando la linda cara y la mano tras la cortina de la sala donde él esperaba-. Estaremos solos hasta que venga mi tía.

El amante se sentó sin decir nada en un canapé, y Andrea volvió al espejo de donde poco antes se había apartado. Con su preciosa mano se tocaba aquí y allí el recién peinado cabello, dándole la última forma, como artista que remata su obra. Después se puso una flor. Sin retirarse del espejo, porque en él veía la figura del hombre, le habló así:

¿Qué tienes hoy, que estás tan callado?

-Hace pocas noches vi a tu tío, ¿te lo ha dicho? -contestó Salvador.

-Sí, me contó que te había ofrecido un destino y no lo quisiste. ¡Bonito modo de ser agradecido! -dijo Andrea, moviendo su cabeza ante el espejo-. ¡Qué orgullo!... porque no es más que orgullo.

Gracias por tu protección.

¿Qué protección?

-¿No fuiste tú quien dijo a Campos que me proporcionara una posición decente?

-¡Yo! ¿Estás loco? -exclamó Andrea con sorpresa, volviéndose, porque para manifestar cosas importantes no satisface ver la figura del interlocutor reflejada en un espejo.

-No te esfuerces en convencerme de que no fuiste tú -dijo Salvador-. Desde luego, comprendí que tu tío me engañaba. [304]

-Seguramente te engañaba. Bien sabes que nunca me atrevo a hablarle de ti; y cuando lo hago es de la manera más indiferente.

[305]

-Extraño que Campos, hombre muy listo, urdiera tan mal su farsa -dijo Salvador-. ¿En qué se funda ese oficioso empeño de favorecerme? No creas, quiere mandarme a América nada menos. Seguramente le estorbo.

-No lo comprendo así. Si quiere favorecerte es porque te estima -repuso Andrea, volviéndose hacia el espejo.

-¿Tú también? -dijo Monsalud con impaciencia y desasosiego.

-¿Qué es eso de yo también? -indicó la indiana jovialmente.

-Quizás tú puedas explicarme lo que la astucia de Campos no ha dejado entrever.

-Querido, yo no puedo explicarte nada, ¿estamos?... Hoy has pisado mala yerba. Ya veo que no me libraré hoy de un poquillo de mareo. ¿Y por qué? por la cosa más natural del mundo: porque mi tío ha querido darte una prueba de lo mucho que te aprecia.

-Sería, no muy natural, sino algo natural esa prueba de estimación si tu tío después de ofrecerme el destino, no me hubiera dicho una cosa grave.

-¿Qué cosa?

Salvador la miró con fijeza.

-Me dijo que pensaba casarte.

Como el lector recordará, Campos no había dicho tal cosa; pero el inquieto joven practicaba el aforismo vulgar que ordena decir mentira para sacar verdad.

-¡Ah! -exclamó Andrea riendo-. Eso es lo que traes hoy. Te conozco, tunante. Vienes mascullando esa idea.

Diciendo esto tomó un abanico, y con expresión de graciosísima burla, sonriente la boca, húmedos los ojos, acercóse al joven y empezó a darle aire rápidamente.

-¿Estás sofocado?... Aire, aire, no sea que te dé un síncope. Refréscate, hombre... Que se te quite eso de la cabeza.

Monsalud le arrebató violentamente el abanico, lanzándolo al aire. El abanico atravesó el recinto de un extremo a otro, abriéndose como un pájaro que extiende las alas.

-¡Qué modo de tratar mis joyas!... Pues me gusta -dijo Andrea, corriendo tras el abanico.

Arrodillose para cogerlo del suelo, cerrolo, y empuñándolo a manera de puñal, amenazó a su amante diciéndole:

-Te voy a matar.

Monsalud contemplaba, primero sin enojo, después con gozo, la hermosa [306] figura juguetona y ligera que tenía delante. De súbito Andrea corrió hacia él con los brazos abiertos, y abrazándole el cuello, le apretó fuertemente diciendo:

-Ya me casé, ya me casé, ya me casé.

Repitió esto unas cuarenta veces.

Salvador la obligó a sentarse a su lado.

-A mí se me está preparando una desgracia -le dijo cariñosamente-. Andrea, tengo desde hace muchos días el presentimiento de que esta preciosa cabeza me hará traición. ¿No recuerdas lo que te he dicho tantas veces? Desde que tengo uso de razón no he intentado cosa alguna que haya tenido un desenlace lisonjero para mí. Si alguna vez he conseguido el objeto por mucho tiempo deseado, mi dicha ha sido corta. Siempre que cavilo acerca del resultado de un asunto cualquiera que me intranquiliza, no puedo apartar de mi pensamiento la idea de un éxito desgraciado, y siempre acierto... Tengo la desdicha de no haberme equivocado una sola vez. Yo no sé qué pensar de mí. Si se castigan en la tierra las faltas, las que yo he cometido no corresponden a los golpes que en diversas ocasiones me han venido de arriba. Fui jurado y cayó José I; tuve amores, y por poco muero en ellos; conspiré, y la conspiración salió mal; dejé de conspirar, y salió bien... En fin, tú sabes mi vida toda y podrás juzgarlo. Si es verdad que los hombres nacen con buena o mala estrella, la que andaba por los cielos el día en que yo vine al

mundo era la más mala, la más perra de todas.

-Eso que dices, ¿tiene algo que ver con mi casamiento? -preguntóle Andrea con malicia.

-Tiene que ver, sí. Te quise y te quiero. Si tú me correspondieras con la fidelidad constante que yo merezco y que me debes... esto sería una suerte, una felicidad, y yo no puedo tener suerte alguna ni felicidad.

-¡Qué majadero! -dijo la sobrina de Cicerón con desdén humorístico.

-Cuando pienso en esto, Andrea -prosiguió el joven, enlazando con su brazo el cuerpo de ella-, me asombro de que tal absurdo haya durado dos años sin desvanecerse, y hace tiempo estoy pensando que concluirá pronto, y que tú, como todo lo que interesa a mi corazón, te vas a desvanecer, a alejarte de mí, dejándome solo con mi desgracia.

-¡Caviloso!...

-¡Veo que no te defiendes con ardor; veo que no protestas como yo protestaría en tu caso! -exclamó Monsalud con la impertinente comezón de los celosos-. Andrea, tú meditas algo, tú me ocultas algo. [307]

-Medito que te quiero más que a mi vida -repuso ella, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el hombro de Salvador, mientras le deshacía el nudo de la corbata.

-Ya sabes, querida mía -repuso él, moviendo la cabeza negativamente-, que tengo motivos para no creer en palabras de mujeres. Déjame que te diga una cosa. Yo creo que tu tío tiene razón al querer casarte; pero el pobre señor ignora que no puedes casarte sino conmigo. Eres tal para mí, que sin poseerte no comprendo la vida. Si me amas del mismo modo, demos fin a estas relaciones peligrosas. Casémonos, Cielo.

-Casémonos, Tierra -repitió maquinalmente Andrea-. Cuando quise no quisiste... Está bien. Es verdad que así no podemos seguir... Pero si le dices a mi tío que seré tu mujer, te arrojará por el balcón.

-Me arrojará por la puerta. Verdaderamente no me importa gran cosa, llevándote conmigo.

-¡Huir! -exclamó la joven con terror.

-¡Huir! -dijo Monsalud, remedándola-. Siempre eres tímida para todo lo que me favorece. ¡Huir! No te llevaré a ningún desierto... Nos quedaremos aquí.

-Tú estás loco -dijo Andrea levantándose pensativa.

-Pues entonces, hoy mismo le diré al gran Cicerón que te adoro...

-Si haces eso, si haces eso... -dijo vivamente Andrea poniéndose pálida-. Pero tú estás loco, Salvador. Mi tío te aprecia mucho, te aprecia muchísimo; pero, ¡ay!, tú no le conoces. Temo cualquier atrocidad si le dices eso.

-Pues no te comprendo. ¿Creerá tu tío que te morirás de hambre en mi casa? ¿Creerá que no vas a tener una posición decorosa?

-No... -dijo Andrea con los ojos fijos en el suelo-; pero mi tío es ambicioso... tú no sabes quién es mi tío... tiene ahora la cabeza llena de vanidades, y yo no sé... Se le figura que yo valgo mucho, que merezco la mano de reyes y emperadores... tonterías.

-Si tú le ayudas, si tú favoreces en él esas ideas, entonces todo se acabó... Yo me voy -dijo Monsalud con repentina cólera.

-Te enfadas contigo mismo -dijo Andrea mirándole con dulces ojos-. Hazme el favor de no ser terrible. Por ahora no le digas nada a mi tío. Ya veremos.

-Tu tío quiere casarte; tu tío piensa en ello, y sin duda ha formado ya su plan. Andrea, tú no quieres decirme la verdad.

-La verdad es que te quiero con toda mi vida -repitió amorosamente [308] la indiana, repitiendo también el abrazo-. Cállate. Haz lo que te mando, y espera.

-¿Crees tú que se puede vivir mucho tiempo de esta manera, a escondidas, ideando mentiras y con absoluta ignorancia del porvenir?

-Es verdad, no se puede vivir así -repuso Andrea con tristeza.

-No puedes ocultar que te agrada este sistema de vida; que no deseas como yo una paz dichosa al lado de la persona amada. Andrea, en ti ocurre algo. Tú no eres la que eras; tú has variado mucho; en tu cabeza hay una idea nueva. Recuerdo que hace tiempo deseabas lo que yo te propongo ahora. ¿Crees que podrás engañarme muchos días? O te sacaré la verdad, o te venderás tú misma.

-¿Qué sospechas de mí?

-No lo sé -dijo Monsalud lleno de confusión-. Los que aman no sospechan poco ni mucho: lo sospechan todo de una vez. Cualquier indicio o traición. Andrea, tú no eres la misma; repito que no eres la misma.

La estrechó entre sus brazos, apretándola con una fuerza que más que frenesí de amante parecía el fatal abrazo de Otelo.

-Que me ahogas, tigre -gritó Andrea.

Y entre festivas risas le mordió el brazo. En el mismo instante, de las ropas de la joven cayó una llave, que, escurriéndose por la alfombra, brilló, al detenerse, sobre el pétalo de una flor pintada.

-¿Qué llave es ésta? -preguntó Monsalud, cuya excitación suspicaz le obligaba a fijarse en el más ligero incidente.

-Es la llave de mis secretos.

Salvador con su perspicacia sutil creyó ver en el semblante de Andrea ligerísimo indicio de contrariedad.

-¿La llave de tus secretos?

-Sí; dámela -dijo ella apresurándose a recogerla.

-Es la llave de la cajita negra. Se me ha antojado abrirla; ¿dónde está?

Andrea vaciló un instante. Pareció que meditaba y que con el pensamiento exploraba todo el interior de la cajita negra antes de entregarla a las pesquisas del receloso amante.

-Ábrela -dijo al fin-. Allí están tus cartas y tu retrato.

-¿Dónde está?

Andrea vaciló otra vez. Al fin, sacando de la cómoda una caja de finísima madera negra, la puso en manos de su cortejo.

-Si encuentras en ella cartas que no sean las tuyas, y un retrato que [309] no sea el tuyo -dijo con gravedad-, puedes matarme. ¿Crees que no hay armas aquí? Mira esto.

Conservando la caja en la mano izquierda, metió la derecha en otro cajón de la cómoda y sacó un puñal. Era un arma preciosa, damasquinada y nielada, con puño berberisco adornado de turquesas.

-Éste era de mi padre... ya lo has visto -dijo la indiana, riendo-. Está destinado a mi esposo, para que me mate el día que le sea infiel.

Monsalud, poniendo a su lado el arma, tomó la caja y la abrió.

-Mi retrato -dijo, sacándolo.

Andrea se apoderó del medallón y lo cubrió de besos.

-Tú sí que no me riñes, tú sí que no dudas de mí -le dijo a la pintura-. Tú sí que eres bueno, y cariñoso y pacífico.

-Un paquete de cartas -dijo Salvador Monsalud-. Son las mías.

-Dámelas. Valen más que tú.

Andrea desató el paquete. Varias cartas cayeron al suelo. Al inclinarse para recogerlas se sentó en una preciosa piel de tigre que cubría en parte la alfombra. Un rayo de sol que por la ventana entraba inundó de luz el pellejo muerto del animal y el cuerpo extraordinariamente vivo de la hermosa americana.

-Venid acá, prendas de mi corazón -exclamó, recogiendo los papeles diseminados a su lado y poniéndolos sobre su lindo pecho-. Vosotras sí que sois amables y cariñosas; vosotras no reñís ni amenazáis.

Monsalud, que en el canapé inmediato registraba la cajita, alargó la mano, mostrando a Andrea un pequeño estuche abierto.

-¿Quién te ha dado esta joya? -preguntó con calma.

En el estuche brillaba un diamante de gran tamaño. Como al extender la mano entrase en la esfera del rayo de sol, Monsalud parecía estar enseñando una estrella.

-La he comprado yo -repuso Andrea.

-¿Tú? -manifestó Salvador en tono de amarga duda-. Ya sé que tu tío te da de un tiempo a esta parte bastante dinero para tus vanidades; pero esto es joya cara. ¿Cómo es que siendo tu costumbre consultarme hasta cuando compras una vara de cinta, no me has dicho nada de este despilfarro?

-Pensaba decírtelo hoy -repuso Andrea, soportando con heroísmo la mirada penetrante del hombre.

-Entonces lo has comprado ayer.

-Ayer, sí. ¿Eso te sorprende? Ya sabes que me gustan las joyas bonitas... Pero ¿por qué pones esa cara? ¿Qué piensas? [310]

-Pienso que lo que me dices no será tal vez la verdad -afirmó Monsalud severamente.

-¿De modo que yo no puedo comprar un diamante?

-Pero este diamante es muy caro.

-No tanto como crees, niñito -dijo [Andrea tomando la sortija](#) y poniéndosela en el dedo-. No es muy fino. ¡Pero qué bonito!

Movía su mano al sol, y los reflejos que partían de ella semejaban hilos de luz enredándosele en los dedos.

-¿Y este collar de perlas? -preguntó el amante, sacando de la caja una magnífica madeja de diez hilos con perlas pequeñas, pero muy iguales-. No dirás que no es fino. Entiendo algo de perlas, y éstas son de las mejores.

-Ya lo creo -dijo Andrea, sin dejar su cómodo asiento sobre la piel de tigre, entre cuyos pelos habían vuelto a desparramarse aquí y allí las amorosas cartas-. Buen dinero me ha costado.

Salvador la miró de tal modo, que la indiana no pudo permanecer en silencio. Necesitaba hablar con cháchara festiva para borrar de su rostro todo rasgo que indicara la presencia de ciertas ideas en su mente, confirmara las sospechas del hombre.

-Veo que estás muy fastidioso -dijo-. Dame acá.

Tomando vivamente el collar, se lo puso.

-¿No es verdad que es precioso? -añadió, inclinando la cabeza hasta unir la barba con la garganta y bajando todo lo posible los ojos para recrearse en la voluptuosa hermosura de su propio seno-. Sostén que no es bonito.

-¿Lo has comprado tú?

-No, que me cayó del cielo. ¿Pues cómo lo tendría si no lo hubiera comprado?...

Monsalud movió la cabeza con triste expresión.

-Vamos, que no se puede tener nada sin tu permiso... Precisamente hoy pensaba hablarte de esas magníficas compras. Mi tío me dio anteayer [311] una gran cantidad; no sé cuánto, mucho, muchísimo dinero. Compré estas joyas a una señora viuda de un intendente... ¡Qué ojos pones! Parece que eres tonto... Sí, señor, las compré con mi dinerito. Me gustan las cosas buenas. También compré en casa del francés de los portales de Bringas una *citoyenne* preciosísima y un chal muy rico. ¿Qué tiene usted que decir a eso, Sr. Majaderito?

Como un pájaro que vuela, corrió a la cómoda y sacó las dos prendas mencionadas. La *citoyenne*, guarnecida de pieles de armiño, con forro de seda azul y recamada con cordonadura de oro, presentaba rico y lujoso aspecto. El chal era de color de rosa con listas blancas que brillaban como la más deslumbradora plata. Con esa rapidez de manos que acompaña siempre al instinto del bien parecer, Andrea se puso la *citoyenne*; después arrojó la *citoyenne* para ponerse el chal.

-¿Estoy bien?

-Demasiado bien -repuso Monsalud, contemplando con arrobamiento la hermosísima figura de la indiana, que volvía la cabeza ante el espejo para verse la espalda.

-Si me lo permite el Sr. Majaderito -dijo dirigiéndose a él con ademán ceremonioso-, usaré estas prendas que me han costado mi dinero.

Salvador no contestó. Hallábase en un estado de estupor cercano al embrutecimiento. Andrea se quitó el chal y lo envolvió rápidamente en el cuello de su amante, diciendo:

-¡Te ahorcaré!

Había puesto la rodilla en el canapé, y su cuerpo gravitaba con dulce pesadumbre sobre el pecho y los hombros de Monsalud.

-Andrea -dijo éste, rechazándola suavemente-, si mintieras, si me engañaras, si estuvieras

jugando conmigo, no tendrías perdón de Dios. Quiero creer que no es así. Casi prefiero una ceguera estúpida a perder la idea que tengo de ti.

-Pues si te enfadas -declaró ella con vehemencia-, no quiero el diamante, no quiero el collar, no quiero el chal.

Quitose rápidamente las tres cosas y las arrojó lejos de sí dando al mismo tiempo con el pie a la *citoyenne* que estaba en el suelo. Las perlas chocaron contra el cristal de una lámina, y el diamante cayó detrás de la cortina de uno de los balcones, sin producir ruido alguno. Monsalud fue allá.

-Ha caído sobre un ramo de flores -dijo con asombro-. Andrea, ¿quién te ha dado este ramillete? [312]

Señaló el objeto mencionado, que estaba en el suelo junto a los cristales del balcón, dentro de un hermoso búcaro de la Moncloa.

Andrea permaneció breve rato sin contestar.

-¿No te dije que me lo trajo mi tío esta mañana?

-Nada me has dicho. ¡Hermoso ramo! Violetas, pensamientos y rosas tempranas. ¡Qué galante es tu tío!

-¡Si creerás que me pretende por esposa!

-¿Por qué no? -dijo Salvador, tomando el ramo y aspirando su delicado aroma-. El señor Campos está todavía en buena edad.

-Pero no quiere hacer el papel de D. Bartolo. Dame el ramo. Quisiera que la belleza de tantas flores estuviese en una sola para dártela, y que el olor de todas también en una sola estuviese para que, guardándola siempre, te sirviera de memoria mía.

Dicho esto con voz tierna, que sorprendió mucho a su interlocutor, sacó del ramo una rosa para ofrecerla a Monsalud. [313]

-¿Es la primera vez que tu tío te regala flores? -dijo éste, meditabundo.

-¿No la quieres? ¿No quieres una flor que te doy? Pues toma, toma, toma.

Andrea se había sentado otra vez sobre la piel de tigre, y desbaratando el ramo, cada vez que decía *toma*, arrojaba una flor a su cortejo, apedreándole de este modo lindamente. Él se las devolvía.

Concluido esto, extendió sus brazos sobre la piel, ocultando el rostro entre ellos. Yacía dulcemente contorneada en el suelo, y en ella se enroscaba como una culebra de rosa y plata. El

desorden de tal escena era encantador. Las pieles de armiño de la *citoyenne*, semejantes a copos de nieve, eran hollados por los pies de la preciosa indiana, y las ricas telas y la cordonadura de oro se revolvían entre los pliegues de sus vestidos; las flores aparecían diseminadas en distintos puntos; algunas cayeron sobre las sillas, otras sobre la misma piel de tigre; violetas y jacintos veíanse deshojados y rotos, quier sobre las mismas piernas de Monsalud, quier en los propios rizos del negro pelo de ella. Las perlas extendían diversos circuitos irregulares sobre la alfombra, y el diamante fulguraba sobre el velador como una mirada satisfecha, recreándose en aquel pintoresco y brillante desconcierto.

Uno y otro callaban. Únicamente se oía el ruido que hacía un jilguero en el balcón, escarbando su alpiste y limpiándose después el pico contra los alambres de la jaula. Monsalud, con el codo puesto en uno de los cojines de la cabecera del canapé y la barba en la mano, hallábase en el estado de atonía y silencio que anuncia miradas interiores u observación de fenómenos propios que impresionan profundamente. Andrea no chistaba. Las elegantes ondulaciones de su cuerpo yacente alterábanse un poco con los movimientos propios de la impaciencia contenida o con los de la respiración. De pronto movió la cabeza. Monsalud se estremeció todo al ver aquel movimiento que le mostró la hermosa fisonomía de la indiana y sus ojos arrasados en llanto.

-¡Andrea! -exclamó movido de sorpresa y pasión.

La indiana saltó como una ondina, y corriendo a abrazarle, secó sus lágrimas junto a él.
[314]

xx

- XIV -

Cuando la criada les avisó que había peligro, Monsalud pasó a la sala. No era Doña Romualda quien venía, sino el mismísimo Campos, acompañado del marqués de Falfán de los Godos.

-¿Has esperado mucho? -preguntóle Cicerón-. ¿Y Andreílla, no ha salido a acompañarte?

Salvador, contestando lo que le pareció, estrechaba fríamente la mano del Sr. Campos y la del Marqués.

-Ya sé a lo que vienes -dijo el *sublime perfecto*-. Siempre con el tema de ese bribón de Gil de la Cuadra... Ahora quizás sea más fácil. Ya sabes que cae el Ministerio.

-¿Es positivo?

-Figúrate que hoy en la apertura de las Cortes, Su Majestad ha añadido por cuenta propia un parrafillo al discurso de la Corona, en el cual con buenas palabras pone cual no digan dueñas a sus ministros.

-Y en cuanto ha llegado a Palacio, le ha faltado tiempo para exonerarles... -dijo Falfán-. Yo

me río de las singulares prácticas constitucionales de nuestro Soberano.

-Mientras no se sepa quién nos gobernará mañana -añadió Campos-, hay que dejar a un lado todos los negocios pendientes. ¡Oh!, mi buen Aristogitón, no pienses que te olvido. Aunque tú pagas con desaires y un hocico de tres varas los beneficios que se te hacen, ¡qué demonios!, me he propuesto complacerte y lo conseguiré. Encuentro muy meritorio ese interés que tomas por un pobre anciano desvalido. Hay que trabajar, [315] hay que trabajar, granujilla, porque satisfagas tus sentimientos caritativos. Eres todo un hombre de bien...

-Gracias -repuso Salvador cavilando acerca de la nueva ingeniosidad de su amigo.

-Ya hablaremos, ya hablaremos -dijo Campos-. Ahora tenemos el Marqués y yo muchas cosas en qué pensar. Y puesto que te hallamos aquí tan a punto, querido Monsalud, vamos a darte una buena noticia. ¿Se lo digo, señor Marqués?

-¿Por qué no? -indicó Falfán de los Godos promulgando el gozo de su alma por medio de sonrisillas y gestos.

-El Sr. Marqués se nos casa -dijo Campos, acariciando la espalda del exento-. Ya supondrás con quién. Con mi sobrina.

Monsalud se quedó blanco y frío. Punzada agudísima hizo estremecer de dolor su corazón. Afortunadamente, la sala estaba oscura, y la emoción del joven, que se esforzaba en disimular, no fue advertida.

-Es un proyecto improvisado, sin duda -dijo pasándose la mano por la frente para apartar la negrura que le caía sobre los ojos.

-Ya venimos pensando en esto hace algún tiempo. Pero el Sr. Marqués no ha necesitado hacer grandes esfuerzos para cautivar a la hermosa americanilla.

-Pongamos las cosas en su verdadero lugar -dijo Falfán de los Godos haciendo alarde de buen sentido-. No soy un vejete de comedia, bien lo sabe el amigo Monsalud. Conozco la fecha de mi nacimiento y la desproporción que existe entre mi edad y la de Andrea. Por eso no he caído en la ridiculez de pretender inspirar a la niña una pasión formidable... Verdad es que no soy un mamarracho, y mis cincuenta ofrecen un aspecto tolerable... pero no; nada de pasiones exaltadas. Yo me contento, amigos míos, con haber logrado, como es evidente, inspirar a Andreíta un amor tranquilo y sesudo... pues, sesudo; un amor que a las dulzuras propias de este sentimiento reúna las sabrosas insulseces de la amistad. Me satisface, además, completamente, el saber que las primicias sentimentales del corazón de esa tierna criatura van a ser para este goloso que indudablemente no las merece.

-Eso sí, amigo Falfán -manifestó Campos-: la prenda que se lleva usted excede a todos los elogios. No es porque sea hija de mi querido hermano, ni me ciega el amor de tío que le profeso; pero la verdad por delante. Existen pocas muchachas como Andrea. Nada hay que decir de su belleza que está a la vista de todos; ¿pero y su talento, y sus virtudes, y su piedad, y su genio manso y apacible, y aquella bondad deliciosa [316] que convida a entregarle el corazón? Un defecto tiene, y por lo mismo que está delante el que va a ser su marido, lo digo... ya hemos hablado de esto el Marqués y yo; pero este defecto es de los que dejan de serlo

cuando se está en posición holgada y opulenta, como la que tendrá la marquesa de Falfán de los Godos... la marquesa, sí, sí; ¿por qué no se ha de decir? He encargado hoy mismo una magnífica palangana de plata con las armas y el hermoso lema *Vallifanius Gothorum*... pues volviendo al defectillo...

-No hay que fijarse en una inclinación propia del bello sexo y que frecuentemente adorna a las que han nacido hermosas -dijo el Marqués-. ¿No es verdad, querido Aristogitón?

-Seguramente. El señor Campos se refiere a la pasión del lujo y al delirio de las galas y atavíos para realzar la hermosura.

-Andrea se ocupa excesivamente de engalanar su persona -dijo Cicerón-; pero esto, que sería imperdonable en la esposa de un menestral, ¿puede vituperarse en la mujer de un prócer millonario? De ninguna manera.

-Al contrario -indicó Monsalud-, la alta posición exige un esmero constante en la persona, cultivar el lujo, favorecer las artes; con lo cual, una dama elegante da lustre a su marido y a la casa cuyo nombre lleva.

-¡Oh! Ha hablado usted acertadamente -dijo el Marqués, echándose atrás y dándose golpecitos en la boca con el puño de su bastón.

-¿Pero qué hace esa chiquilla, que no viene? -exclamó con impaciencia Campos-. ¡Andrea, Andrea!

Monsalud ante la anunciada presencia de Andrea, sintió una llama en su pecho. Resolvió esperar.

-Voy a buscarla -dijo Campos-. Vaya, que nos obliga a hacer unas antesalas...

Cuando el Marqués y Salvador se quedaron solos, aquél pegó la hebra como suele decirse, en la política, espetando a nuestro amigo un trozo literario que bien podría haber pasado por artículo de fondo en las graves columnas de *El Universal*, órgano entonces de la gente templada. Poca o ninguna atención ponía el angustiado joven a los atildados párrafos y discretas observaciones del Marqués, que supo hacer un resumen de la famosa *coletilla* añadida por el Rey a su discurso de apertura en la solemnidad constitucional de aquel día 1.º de Marzo de 1821. Emitió después varios juicios, todos muy templados y sesudos, acerca del estado general de la cosa pública, de la caída del Ministerio, del conflicto parlamentario que debía suceder al acto imprudente de la Corona; [317] dirigió una ojeada en redondo al inmenso círculo de los sucesos y de las personas, señalando fenómenos desconsoladores, previendo desastres, anunciando terribles hundimientos y naufragios de esa viejísima *nave del Estado*, en la cual la literatura política de todos los tiempos y lugares ha hecho tantas travesías.

Como se atiende a la lluvia cuando no se piensa salir a la calle, así atendió Monsalud al chubasco verbal del Marqués. Dejábale hablar. Al través de aquel nublado, el desairado amante no veía más que el cielo que había perdido. Estaba anonadado cuando regresó Campos. El semblante de éste revelaba tristeza y contrariedad.

-¿Qué hay? -le preguntó Falfán.

-Nada, que esa mocosilla se nos ha puesto mala.

-Que vayan a buscar un médico... ¡Pronto, un médico! -exclamó con agitación el exento, levantándose y dirigiendo brazo y bastón al Oriente y Occidente, como general que da órdenes en una batalla.

-No es para tanto.

-¿Puedo pasar a verla?

-Creo que sí -dijo Campos con oficiosa complacencia-. Pero ahora... Querrá dormir un rato... Puede usted pasar si gusta, al cuarto de Romualda, que acaba de llegar.

Falfán salió.

Al verse solo con Campos, sintió Monsalud, que en su pecho nacía uno de esos accesos de coraje que al varón más prudente impulsan a acciones violentas y brutales. Levantose con los dientes apretados, las manos crispadas...

Campos vio que sobre él caía una tempestad. Cruzando las manos en ademán de súplica, detuvo al joven, diciéndole:

-Monsalud, por tu honor, por tu vida, cálmate... Soy tuyo, soy todo tuyo, te pertenezco. Pídemelo lo que quieras. Da conseguido lo que pretendes. Tu pariente, tu padre o lo que saldrá de la cárcel... pero no hagas escándalos, no me comprometas... por Dios y por la Virgen Santísima, no alces la voz.

Monsalud vaciló un instante, hizo un esfuerzo para dominar su cólera, y después dijo:

-¿A qué tanta farsa? Hablemos con claridad.

-Sí, con claridad -repuso Campos muy agitado-. He descubierto todo. Yo soy aquí el engañado, yo soy aquí el ofendido, porque has infamado mi casa; pero te perdono, te lo perdono todo con tal que te vayas y no vuelvas más, con tal que desaparezcas y no existas para mi [318] sobrina... Yo tengo derecho ello; tendría derecho a quitarte hasta la vida; pero lo pasado, pasado. Vete. Ya sabes que he querido favorecerte; no te quejarás de mí. En cambio te pido que huyas, que desaparezcas, que no existas más para mi sobrina. Si quieres, te lo pediré de rodillas, y será gracioso ver a un *Valeroso Príncipe del Real Secreto* de hinojos ante un triste *Caballero Kadossch*. Vete y búscame lejos de aquí para ponerme a tus órdenes. ¿Quieres que se suelte a todos los reos que hay en Madrid? Se soltarán, se soltarán con tal que no existas más para Andrea.

-¡Andrea! -exclamó Monsalud procurando traducir en expresiones de desprecio la furia de su alma-. ¡Yo la desprecio como te desprecio a ti, farsante!

Sin oír las palabras que Campos balbucía, el amante engañado salió de la casa.



El Grande Oriente
Pérez Galdós, Benito

